

CENIT

sociología
ciencia - literatura



Danielle Huncbelle: Franco acosado.

J. Aumente Baena: Libertad y Justicia burguesas.

E. Relgis: La obsesión de la guerra.

J. Ferrer: Cataluña popular.

W. Muñoz: El pensamiento vivo de Han Ryner.

A. Samblancat: Peladanes.

F. Farfias: Honor a dos desterrados.

Una conferencia de Felipe Alaiz sobre integralismo.

J. Ruiz: Ideas sobre educación.

C. Iscar: Glosas a «Definiciones inexactas».

Suno: Microcultura.

J. Elballe: Estío.

M. Rama: Revoluciones sociales del siglo XX (folleón encuadernable).

115

JULIO - 1960

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,00 NF



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

¡Ojalá fuera cierto que 1930 es el año del refugiado! El año del refugiado, para los refugiados, significa reconocimiento de todos los derechos. ¿Cuáles son? no muchos: *el derecho a vivir que se adquiere al nacer*. ¿Es esto lo que se pretende hacer este año? Lo dudamos. Aun a pesar de nuestro deseo no podemos sonreír con satisfacción. Algo inquieta al refugiado, particularmente al español, de cuya nacionalidad una estadística reciente indica que hay cerca de 150.000 tan sólo en Francia.

El dibujo de la portada que nos ofrece el lápiz de Montserrat no es la imagen del año del refugiado. No celebramos, al publicarla dicha conmemoración solemne. Nuestros motivos tenemos.

Al mismo tiempo que mundialmente se honora, oficialmente, al refugiado, por doquier, y oficial también, surgen nubarrones se pronuncian palabras, se hacen gestos, que nada bueno presagian para el refugiado.

Sin embargo, refugiado es un título, que a pesar de todo y de todos, honra. Es una promesa y una garantía no solamente para el futuro sino para el presente.

Para el hoy, nos lo dicen los millones de refugiados que pueblan la Tierra; para el mañana nos lo indica este niño todo un prometeo de salud y vida... a condición de que la humanidad lo respete.

CENIT

REVISTA MENSUAL DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma.

Colaboradores:

José Peirats, Felipe Alaz, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Valina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Dr. Juan Lazarte, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux.

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF. Semestre, 5,50 NF. Año, 11 NF.

Número suelto: 1 NF.

Paqueteros: 10 % de descuento.

Exterior: Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Giros: «CNT.», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort. TOULOUSE (Haute-Garonne).

FRANCO ACOSADO

España crucificada reza para
que termine el mundillo de
Don Caudillo

Un artículo de Danielle Hune-
belle publicado en «Réalités».
Versión al castellano por Celma



U N país donde un coche es signo exterior de corrupción. Donde Sagán, Descartes, Bardot y Kant están en el índice. Donde tal campesino no sabe leer, pero va cada semana al cine. Donde 70 % de la maquinaria tiene setenta años de edad. Donde se edifica para los muertos criptas que cuestan varios miles de millones, pero los vivos se alimentan tan sólo de garbanzos. Donde hay menos de la mitad de periódicos que en el año 1936. Donde algunos ciudadanos ignoran todavía el nombre de la capital. Donde para interpretar la vida se recurre exclusivamente a Santo Tomás de Aquino. Donde el policía armado, «defensor de la civilización occidental y cristiana», es cobrador de gas por las tardes y portero por la noche. Donde el exprés pone tres horas más que en 1935 para hacer el recorrido Barcelona-Madrid. Donde los futbolistas son los más pagados de Europa. Donde se compra en la epicería una peseta de azúcar, o de café, cuando se puede. Donde el duelo por la muerte de Pío XII se prolongó tres veces más que en Italia, pero se censuran los discursos del Papa cuando éste habla de la libertad. Donde un ministro de comercio se hace millonario en algunos meses. Donde el periódico de deportes tira más ejemplares que el principal diario de información. Donde los militares son acomodadores en las salas de cine. Donde es imposible encontrar un asalariado que sepa el nombre del ministro del trabajo, o del jefe de los sindicatos. Donde faltan oficialmente 26.000 escuelas primarias. Donde las universidades destinadas a los trabajadores son tan lujosas que los americanos declaran «no tener ellos los medios para hacer tanto», pero el nivel cultural es el más bajo de Europa. Donde los obreros pasan trabajando sus diez días de vacaciones anuales. Donde los generales son miembros de los consejos

de administración. Donde hay cinco veces más de sirvientas que de automóviles. Donde el precio del kilogramo de carne equivale a tres jornadas del salario de un obrero. Donde las hijas de la alta sociedad, cuando se casan, exponen su ajuar que, en sábanas bordadas, manteles, vestidos y vajilla de plata se evalúa en varios millones. Donde las mujeres del pueblo depositan el lunes en el Monte Pío, para retirarlo el sábado, el pantalón de mudar de su marido. Donde el terrateniente posee decenas de miles de hectáreas. Donde se venden por las calles cigarrillos partidos por la mitad. Donde 300 nombres acaparan los consejos de administración de todas las sociedades y cinco bancas dominan el comercio y la industria. Donde se fabrican los coches más caros del mundo, el acero más malo y el más caro y donde la renta por habitante es la más baja de Europa. Breve, un país donde se ha sacrificado a la mitad del proletariado, la otra mitad se ha paternalizado y el resto de la población oscila entre algunas clases medias, inquietas del futuro, y una oligarquía multimillonaria con las mismas preocupaciones que ya tenía en el siglo de Oro: tal aparece España a sus veinte años de franquismo.

**Penetremos en cualquier lugar de Andalucía,
donde vive un español sobre cinco**

Descubrimos bajo un cielo rebosante de alegría, la arboleda verde-azul de los olivos desde donde se eleva, cada diez kilómetros, la fachada blanca, el techo inclinado de teja redonda de una hacienda, sobre una tierra negra que parece brincar de contenta. Dejamos pasar los burros trotando, cargados de viejos instrumentos de trabajo y de estiércol. Por diez en el horizonte, en medio del trigo verde, alineados como la barra de una T, los hombres y las mujeres arrancan la mala hierba. Entre ellas, Dolores, diecisiete años, un pañuelo en la

cabeza, pantalón de lienzo. Dientes blancos, piel quemada por el sol, grandes ojos castaños. ¿De dónde es? Nos señala el campanario del pueblo vecino de 30.000 habitantes. ¿Sabe leer? Un poco. ¿Escribir? No. Ha oído hablar de Madrid pero no lo conoce. ¿De Francia? No. Trabaja en el campo desde su niñez, gana 25 pesetas diarias. Por la noche hace haciendas en casa de una familia, por lo que cobra mensualmente 100 pesetas. Los domingos también va al campo, después al cine si su novio guarda fiesta. Esta muchacha se casará dentro de siete u ocho años, cuando haya podido comprar ropa. Lo que más desea es poderse comprar una máquina de coser para hacerse sus vestidos.

Pablo, trece años trabaja con su padre para un rico terrateniente, no ha frecuentado la escuela nunca, sus cinco hermanos tampoco. Calza unas botas viejas y agujereadas, chaqueta apedazada, guantes que en tiempos fueron de cuero forrado, boina sobre la cabeza, parece un viejo. Cada diez días va a casa, distante de 7 km., a pie, para cambiarse y ver a su madre. Fuma veinte «ideales» por día. Ni su padre ni él son protegidos por nadie ni por nada: ni Caja de Socorro, ni Sindicato, ni Seguro Social. Su única relación la tiene con el mayordomo. Y la mano de obra es pletórica. Si no se les paga el salario estipulado, y protestan, los obreros son expulsados pura y simplemente y su nombre inscrito en la lista negra que tienen los propietarios. Comen garbanzos y una naranja, de vez en cuando compran por 3 pesetas un billete en la Quiniela (pronósticos del fútbol, beneficio: 18 millones de pesetas por semana).

El abandono del pueblo refleja perfectamente el del hombre. El pueblo de C..., 4.000 habitantes, se compone de casas pequeñas, blancas, pegadas unas con otras (entre ellas quince establecimientos), hay tres automóviles, ningún camión; seis motos y una cuarentena de bicicletas. La nobleza se compone del propietario, el cura y el cabo de la Guardia Civil con tricornio charolado y capa verde. En la epicería todo el mundo compra a crédito. Las deudas de 2.000 ó 3.000 pesetas se liquidan en dos veces: a la trilla y a las olivas. Carne no se come. En este terreno un huevo vale 2 ptas. 25, el trozo de jabón 7. El agua potable se extrae de un pozo, hay cinco máquinas de coser, cada una pertenece a una soltera vieja que hace de costurera. Pero, como en el resto de España, hay muchas más viejas solteras que máquinas de coser. Baila una vez por año, con ocasión de la feria de San Pedro; día tras día guardan la esperanza de casarse, mientras, van cosiendo trajes: pantalón, chaqueta y chaleco, por 50 pesetas, lanzando una mirada de vez en cuando al manojo de flores envuelto en papel colocado entre náyades desnudas, de tierra cocida, color azul y rosa que hay sobre la cómoda.

Hay cuatro escuelas en C... y numerosos aparatos receptores. El maestro gana 1.250 pesetas al mes. Una vez estuvo en Madrid durante veinte días, para seguir un curso de formación política. En cuanto al cura, joven, con gafas, estima que los campesinos están abandonados, que las leyes son violadas, que es imposible el progreso del cristianismo sin base social justa, pero que la autoridad

no debe ser juzgada ni criticada. Una vez por año, un misionero pasa por este pueblo para decir a los campesinos que Dios ama a los pobres.

Creo que en España la mentalidad es más reveladora de lo que parece

Sin la complicidad casi inocente (a fuer de inconsciencia) de los poseedores, jamás Franco no hubiera mantenido veinte años su aparato. Terminemos nuestra encuesta aquí con don Felipe, el propietario, un mozo alto, de 27 años, cabellos negros que invaden su frente pequeña, ademanes simples, de visible desconfianza, un poco brutal como se encuentra en ciertos cuentos viejos. Lleva botas y chaqueta de piel. Su panoplia ornamenta el dorso de la puerta de entrada sobre la que se muestra en mayúsculas la inscripción siguiente: «Dios te ha dado la lengua para bendecirlo y no para blasfemar». Encima de las mecedoras, en juncos ovoides, las perdices grises y pico rojo que sirven de cebo para la caza. Don Felipe no ha salido jamás de España. Después de sus estudios en las escuelas de los jesuitas ha seguido un curso en la Escuela de Comercio. Posee poco más de 2.000 Ha., no tiene tiempo de leer porque del alba al anochecer vigila sus tierras, se ocupa de la contabilidad y controla el trabajo de los obreros. Posee acciones en la industria, cuatro tractores y continúa adquiriendo tierras. He aquí lo esencial de nuestro diálogo:

—¿No estima usted que los salarios agrícolas son un poco bajos?

—No, los salarios son normales. Es el coste de la vida que está muy alto. Por otra parte, las gentes no trabajan, hacen la huelga de brazos.

—Y, de manera general, el nivel de vida de los españoles ¿le parece suficiente?

—Las cuestiones económicas no me interesan. Yo soy feliz así. Además, si el nivel de vida sube, los obreros reclaman más.

—¿Piensa que la situación social está mejorándose?

—Con Franco, la situación es mejor que antes. Las gentes viven en orden. Todo el mundo come y va al cine.

—¿Le parece a usted que el pueblo está suficientemente instruido?

—El nivel cultural debe elevarse, pero en el buen sentido. Quiero decir que el punto más importante es la religión. Hay que comenzar por ella.

—¿Por qué no instala en sus dominios un maestro de escuela?

—Entonces, ¿quién guardaría los rebaños? Los chicos dejarían el trabajo para irse a la escuela...

En principio, la instrucción es obligatoria y gratuita en España

De hecho, el analfabetismo alcanza al 70 por ciento de la población en Andalucía, y en cada pueblo decenas de miles de niños hacen los novillos a falta de plaza en la escuela. Los maestros están tan mal pagados que en octubre de 1958. 6.000 de éstos pidieron el retiro, mientras que en los pueblos pequeños, el maestro se arregla con el cura o el comerciante para dar lecciones particulares, y que en Madrid mismo se admite que los niños paguen

al maestro para ayudarlo a subsistir (en ese paraíso económico cada uno vive de la caridad del otro: el personal, de las propinas; el obrero, de la generosidad del amo y el maestro de la comprensión de los padres de familia). El nivel del segundo grado es peor. En Sevilla (500.000 habitantes) existe en total dos liceos, uno de muchachos, declarado en ruinas por el arquitecto, otro de muchachas para lo cual se acondicionó el pavellón de Argentina en la exposición ibero-americana. Todo el resto, privado (85 % de la enseñanza está en manos de los religiosos) cuesta muy caro. En cuanto a la calidad, depende de los maestros y de los métodos. Los maestros murieron durante la guerra civil o están en exilio. Hará falta aún una o dos generaciones para que los nuevos puedan ocupar los puestos. Cada año se inspecciona muy escrupulosamente el espacio de las clases y la ventilación de los w.c. pero desde hace veinte años nadie ha visto inspeccionar un profesor. En cuanto a los métodos... fundados exclusivamente en la memoria, desarrollan el sitacismo de los loros a falta de inteligencia. Todo se reduce a unas pocas cuestiones numeradas. La reflexión está proscrita, el razonamiento prohibido, la crítica es un sacrilegio. Durante dos años de filosofía, los colegiales no hacen ni una sola disertación. Se puede leer en el catecismo de los más pequeños la lista de catorce errores que hay que evitar: darwinismo, liberalismo, socialismo, positivismo, etc. Los cursos y exámenes de religión y formación política son obligatorios, incluso en los cuatro años de facultad. Como todo libro puesto en el índice por Roma es prohibido por el Estado, la filosofía puramente escolástica se enseña en los manuales tomistas. Osar hablar de Heidegger, por ejemplo, es perder para siempre el acceso a una cátedra. Respecto a las lenguas extranjeras, el francés es obligatorio pero tan mal enseñado generalmente, que los exámenes se hacen con el diccionario a la vista, y que en Andalucía un estudiante por 300 es capaz de seguir un diálogo en idioma galo. Erigida en la antigua manufactura de tabaco la Universidad de Sevilla, con sus escaleras monumentales de mármol rosa, sus espaciosas salas, sus pasillos interminables, sus bóvedas y sus arcadas, sus puertas y ventanas de roble guarnecido de clavos, se parece al castillo de Versalles. Ha costado más de mil millones. Perdidos en este suntuoso laberinto (que como el Ministerio del Aire en Madrid o el monumento del Valle de los Caídos denota la «enfermedad de la piedra—cálculos— propia del régimen), algunos millares de estudiantes, se preguntan perplejos con qué créditos pagarán las revistas técnicas internacionales necesarias a sus estudios.

Se dirá que en este mundo al revés, los obreros son favorecidos, que benefician de ventajas sociales, son cuidados gratuitamente y generalmente doblan su salario cuando tienen hijos. Pedro, 35 años, cinco hijos, trabaja a relevo en una fábrica de corcho en Cataluña. Gana 325 pesetas por semana más 150 por horas suplementarias más 1170 pesetas mensuales de subsidio familiar, en total 3.070 pesetas por mes para siete personas, en una ciudad en la que el pan cuesta 6,70 pesetas el kilo,

el ternero 90, el par de zapatos 300. Pedro pasa sus diez días de vacaciones anuales a trabajar en la fábrica. Vive en un piso de dos habitaciones y una cocina minúscula, sin agua corriente, en un callejón repugnante, toda su paga se invierte en comida. La fábrica le da una prima de 500 pesetas a fin de año con la que compran ropa hasta la Navidad. ¿El calzado? La familia lleva chancletas. ¿Ambición? Pedro se pone a reír: «Ganar el premio gordo». En una fábrica de tejidos de los alrededores de Barcelona (la ciudad más industrial y más rica de España), cuyos edificios en ladrillo rojo datan de 1869, Paloma, 24 años ayuda a la tejedora a vigilar los telares. Pequeña, regordeta, con tenacillas y rizos en sus cabellos negros, chata, de franca sonrisa, un reloj de pulsera dorado, trabaja en la fábrica de las 6 de la mañana hasta las 2 de la tarde. Gana 315 pesetas por semana, después va 4 horas a una fábrica de imágenes religiosas a frotar con lijas las reproducciones para avivar el tinte; le pagan 6 pesetas por hora. Vive con su madre, su hermana, su cuñado, sus sobrinos y su prima. Como hay varios salarios se despabilan. Nunca como carne «no le gusta» ¡cuántos hay en España que dicen no gustarle la carne! Su madre le prepara la sopa y un huevo. No ha estado jamás de vacaciones. Para el día de Reyes, pudo ofrecer a su madre un viso de seda artificial. Novia desde hace algunos meses, todavía no se ha paseado sola con su novio, pero gracias a lo que economiza desde hace cinco años, ya puede comprarse el ajuar: una docena de toallas (la mitad de buena calidad), dos manteles (uno corriente y otro de lujo), seis toallones, dos visos en nilón y doce pañuelos. No sabe escribir, no ha estado jamás en la peluquería ni ha salido de Barcelona.

Olvidaba señalar que sobre las hojas de pago, la rúbrica más sobresaliente se titula: «gratificación voluntaria del patrón». Esto es costumbre. El mínimo vital no permite vivir, entonces se hace la caridad. Conozco en Barcelona un director que cada mes, sin recibo, de su dinero personal, dobla el salario de sus 50 empleados. «Sin esto se irían a otra parte», dice. Métodos copiados de los Tuareg. Franco el africano ha hecho escuela, la mentalidad de los españoles no ha sido nunca más trivial. La ley es violada, el sindicato ignorado; uno se arregla como puede, en todo reina el «poco más o menos», las noticias son «poco más o menos», pero nadie sabe la hora que es. Ni siquiera los patronos. Su mundo no comunica con el de los obreros (¿quién comunicaría con los vencidos de 1939?) pero el desorden y la confusión dominan. La penuria de divisas (cuyo tráfico es origen de una buena parte de las fortunas colosales acumuladas en veinte años y la prohibición de despedir personal⁽¹⁾) han podido más que las tibias veleidades de modernización. ¿Para qué empeñarse en renovar el utillaje cuando se está seguro de vender sin control en el mercado interior el 90 % de la producción? Las estructuras no han sobrepasado el artesanado de principios de siglo. 95 % de las 2.500

(1) Actualmente esta prohibición ya no existe. N. del T.

fábricas de algodón catalanas tienen menos de treinta telares. En este país no se lee («Los cipreses creen en Dios», tirado a 40.000 ejemplares, es lo que más se ha vendido, la mayor parte en hispanoamérica; los cotidianos de más tirada hacen 100.000 ejemplares), 500 casas de edición sacan cada año 4.500 títulos con un material que data de 1919. Reglamentados por *numerus causus*, se compran las farmacias como los recargos de notario, pero existen 1.200 laboratorios farmacéuticos, etc. Digamos para terminar que en un país donde el albañil gana 5 pesetas por hora, el empleado de almacén 600 por mes, el encargado de cursos en la universidad, 1.500, y en donde se da al profesor 300 ptas. por ocuparse de las experiencias científicas, bien ha sido necesario poner en marcha un sistema. Cada uno lleva pues varios juegos y trabaja 15 horas diarias. Entendámonos. Bajo el clima de España, no se puede exigir de un hombre que vive de sopa y sardinas un trabajo efectivo de 15 horas por día. La labor del español se divide pues en dos tiempos: a) empleo oficial: ocho horas de presencia, durante las cuales se reposa y recupera fuerzas; b) empleo privado, competidor en el cual trabaja como un loco con objeto de reclamar mayor remuneración. El obrero hace de camillero, sirve en el café, toca la trompeta en el baile, arregla grifos o instalaciones eléctricas, el almacenista es portero en el campo de fútbol; el director del metro es abogado y jefe del personal; el agrimensor hace planos para la alcaldía y da lecciones de dibujo en el colegio; el director de una fábrica controla la contabilidad de otra y la parte administrativa del fútbol; el profesor de filosofía trabaja en una casa de ediciones; el de derecho es abogado; el de literatura enseña en la universidad, da lecciones a las muchachas del segundo grado y hace traducciones. El conjunto se resume en un rendimiento catastrófico, una excitación de nervios generalizada y un embrutecimiento que reduce seriamente las posibilidades de oposición constructiva.

Si los elementos de primera necesidad están, con relación a los salarios, inabordables, y el deseo más corriente en la clase obrera es «no verse obligado a comprar la bicicleta, o un par de zapatos de trabajo, a crédito», por contra los artículos de lujo son baratos. Todos los ricos del mundo deberían vivir en España. No es raro el encontrar 5, 10, 15 sirvientes por casa, 3 chóferes, 2 maestras-las, 1 cocinera, 2 camareras, una pareja de porteros, 2 criados, una gobernanta, una lavandera, una planchadora, una costurera, la nodriza para los niños, 1 señorita para los grandes y el mayordomo y su ayudante para las fincas. El pueblo lleva sus vestidos al Monte Pío (he visto prestar 20 ptas. por una camisa de hombre usada), pero no se ve una camarera sin bonete blanco, un chófer sin gorra de plato, los sirvientes sin pechera, ni lazo al cuello, ni chaqueta sin hombreras galonadas. Salvo en los pobres (70 % del país), las mujeres no trabajan. Tres abogadas ejercen en Barcelona, seis en Madrid. La única arquitecto fué diplomada el año 1930. En un país donde sólo las religiosas tienen influencia, nadie se preocupa por ser marisabidilla. La mujer existe para obedecer al marido, reprenderla si se tercia y mantener la tradición

familiar (aunque se ahogue en su joven marido toda clase de veleidades rebeldes ante la injusticia social.) Las burguesas españolas, educadas por las monjas han sido, sin duda alguna, las auxiliares más preciosas de Franco. Para matar el tiempo se juega al bridge o a la canasta, sus labores una vez por semana (Acción católica y las obras parroquiales dan a confeccionar canastillos) el patinaje. el deporte náutico, la caza al ciervo en Toledo, el golf en Puerta de Hierro, los tres o cuatro aperitivos cotidianos, las vacaciones en la Sierra o en el país vasco, adonde se lleva durante dos meses familia y personal, los viajes al extranjero, las recepciones, los casamientos. Se prepara el baile de presentación de las señoritas, el ajuar. En cuanto a las clases medias, siempre acechadas por la proletarianización rápida, se esfuerzan, con un heroísmo verdaderamente español, de salvar la fachada. ¡Cuenta tanto la fachada! Se tiene una camarera y se envía el hijo con los jesuitas, pero se suprime una comida cada dos. Los hombres están tan delgados que se diría pasados por una secadora. Usados hasta el extremo, cepillados, zurcidos y limpios, los vestidos son un milagro de ingeniosidad y paciencia.

Este estado de cosas que me esfuerzo de pintar objetivamente es voluntariamente o no, ignorado por casi todos. Los turistas ven cada verano millares de coches sobre las carreteras (es en invierno que la España vacía, letárgica, sufriente, aparece tal como es) y el orden público reinando gracias al caudillo, pueden, lejos de las juergas engañar en las tierras amarillas de la vieja Castilla, o sobre las riveras tentadoras de la Costa Brava. Los americanos, engañados primeramente por Franco, cuyo reino han prolongado sacándolo de su atasco económico, viven en las ciudades, prudentes, desconfiados, y prefiriendo ignorar lo que pasa. Por otra parte, en Oriente han visto peor que todo eso. Los españoles no viajan salvo para buscar trabajo en la periferia industrializada, es decir, en el país vasco y Cataluña, o para expatriarse. La mitad de la juventud — estudiantes, sirvientes, empleados — no piensa más que en poder aprender una lengua extranjera para marchar fuera. «Si supiese un poco el francés o el inglés, seguro que yo no estaría aquí», es la frase corriente. Todos los elementos de este país despojado, subalimentado, subdesarrollado, explotado, desertan.

Los catalanes, cuyo separatismo nunca se ha sentido con tanta fuerza, conocen Perpiñán mejor que la capital de España. Privado de prensa, (se censuran incluso los pequeños anuncios y las cartas al editor), incapaz de dar curso a la opinión o de captar la de otro, sin estadísticas controlables, sin encuestas, sin medios de vida, sin transportes y sin vínculos de unión hacia nada, ni al Estado, ni al Sindicato, ni a la Corporación, ni al patrón; no teniendo confianza en nadie y desprovisto de la mínima esperanza, el español de la era franquista puede impunemente entregarse a su deporte favorito: el individualismo. Se ha replegado sobre sí mismo, sobre su familia, sobre su diminuto mundo de miseria como es él y su ho-

gar, de tal forma que el resto del mundo y en primer lugar España, le escapa en su totalidad.

¿LOS OTROS?

¿LOS DIRIGENTES?

¿LOS RESPONSABLES?

A los vencedores de la guerra civil, Franco ha distribuido los despojos, no como economista, sino como jefe de banda: el monopolio del orden a los militares, el de la enseñanza a los religiosos, la tierra a los propietarios, el comercio y la industria a los banqueros. Los beneficios realizados desde hace veinte años en este pequeño mundo de Don Caudillo, que vive en economía intrínseca y sin control, sin arbitraje, sin autoridad, sin escrúpulos, sobrepasan todo lo que se puede imaginar. El Ministerio del Comercio es un bastión. Desde el patrón que acumula una fortuna colosal traficando sobre la importación de trigo, de aceites vegetales, de máquinas, con intermediarios por todas partes, hasta el detallante que roba en el peso, pasando por los inspectores de contribuciones que cobran 1.500 pesetas por mes y viven, sin embargo, una vida de señores, las casas de importación afiliadas a los ministerios y traficando con las licencias; las empresas de construcción, de cuyos presupuestos se emplea la mitad para comprar al adjudicador; los distribuidores de abonos que alimentan las regiones más favorecidas para revender después a las autoridades de las provincias pobres la misma mercancía tres veces más cara; los militares que compran el dólar a 10 pesetas para revenderlo a 62 y 63; los aduaneros, que se cotizan; los visados que se compran; las cátedras universitarias, montería del Opus, de Falange, y de Acción Católica; los empleos en los sindicatos, las Cámaras de Comercio, etc., designados por el nombre de enchufados; el tráfico de importación de automóviles (un millón la licencia de 50); los escándalos financieros, como el de la unión de Bancas suizas, de reciente fecha, donde una lista de 1.300 personas, que habían sacado varios miles de millones, han revelado los nombres de generales, altos funcionarios, eclesiásticos, médicos, abogados, etc. ¿Cómo este mundillo puede tener mala conciencia o conciencia a secas? Es extremadamente característico que si algunos centenares de españoles pertenecientes a lo que a falta de mejor calificativo se dicen élite de España, empiezan a perder el estribo ante las consecuencias de tipo económico de la gestión de Franco, y sienten la necesidad de una transformación política, nadie, excepción hecha de un puñado de curas casi clandestinos y de algunos intelectuales «laboristas», nadie, repetimos, ve la necesidad de una transformación social. Y sin embargo, la oposición existe. Se habla en los periódicos.

LA OPOSICION...

El pueblo es antifranquista, y unas elecciones libres, por lo menos en Cataluña y en el país vasco, darían a Franco tan sólo el 10 por 100 de votos. Mas, el pueblo no está representado en la oposición «oficial». Franco ha comprendido que la coerción no da buenos resultados desde el momento que hay que contar con el extranjero y se permite el lujo de una oposición. Esta, recrutada casi

únicamente entre la burguesía (por consiguiente más o menos culpable), va de los monárquicos carlistas a los comunistas, pasando por toda una nube de pequeños partidos y fracciones tan anacrónicas como el régimen: monárquicos liberales, falangistas disidentes progresistas, grupo de la democracia social, funcionalistas, democristianos de derecha y de izquierda, socialistas, anarcosindicalistas. La mayor parte de los conspiradores viven temiendo a la revolución popular nihilista, que amenaza a fuer de tensión entre la oligarquía y las clases trabajadoras (aunque opinión nuestra es que ese pueblo, subalimentado y sin formación alguna no tiene la fuerza ni siquiera de odiar), y desean meter a Juan, que ya le llaman «El Breve», en el trono, a fin de dar lugar a la transición ordenada y transformar el poder. Es evidente que la situación actual, en la que lo cómico se codea con lo trágico, cosa que constituye un peligro, no puede durar. La peseta no vale gran cosa, los empréstitos públicos, calculados en vista a una tercera guerra mundial, han sido inútiles y sin rendimiento (como el Pegasso, que cuesta siete millones), los industriales no pueden exportar por lo elevado de los precios (cuando la mano de obra es la más barata de Europa), y la penuria de divisas ha alcanzado el límite en el que un país se hunde en el caos.

Franco y las clases poseedoras no son las únicas responsables. Sin intervención extranjera, la guerra civil no hubiera durado tres años y los vencidos no pagarían una deuda monstruosa que dura ya casi un cuarto de siglo. Es a Europa a quien incumbe la tarea de sacar a la nación española de su atasco.

¿COMO?

Hay quien afirma que con una economía moderna un país deja de ser la estampa de la Edad Media y que por tanto la puerta debe abrirse por este lado. Ahora bien, la falta de cuadros, la mediocridad y la mentalidad de las élites permiten pensar que una ayuda económica si no se hace bajo condiciones rigurosas, no aprovechará más que a unos cuantos, como hasta ahora. Haría falta ayudar a España para elevar su nivel de vida, exigir la separación del jefe del Estado y del jefe del Gobierno, abrir un poco la prensa a la opinión y vencer la corrupción. Los movimientos de los estudiantes, la evolución lentísima de ciertos industriales, la toma de posición del cura de Montserrat o del obispo de Valencia, la acción limitada del clero joven, las manifestaciones como la del banquete del Menfis es significativo. Pero la verdadera transformación que exige España para ser democrática continúa escapando a los opositores románticos. Los economistas, los técnicos, saldrán del pueblo, uno de los más despiertos y más intuitivos de la tierra, para que se le conceda el derecho de la condición de hombre y de ciudadano. Europa no debe contentarse con ser un aprovisionador de capitales. De acuerdo con las élites europeas, es necesario y urge formar los cuadros que tomen en manos las responsabilidades de la España de mañana.



O se intenta una crítica por la crítica, sino en cuanto ésta es esencial, como primera fase, para que se ofrezca una posibilidad real de crear «lo nuevo». Sólo con este criterio se pretende tomar una conciencia de la estructura burguesa-capitalista, y desenmascarar después los artefactos mentales que les sirven de apoyo.

Como es sabido la sociedad está estructurada y funciona según determinadas condiciones objetivas. Estas condiciones son los métodos de producción y distribución. Ellos fijan «de qué viven» los individuos que la forman, cómo se procuran pan y vestidos, cómo obtienen beneficios para sus lujos. Primera observación en este sentido: unos viven de su trabajo, o, mejor dicho, trabajan para no morir de hambre, para medio vestir y seguir tirando; otros, viven de su capital, de sus acciones y sus dividendos; son los que dan brillo a la ciudad y se encuentran en todas partes; proclaman las ventajas del «mundo libre» y están muy decididos a defender la «civilización occidental cristiana». Se pasan por alto los múltiples aspectos de las zonas intermedias.

La existencia de clases resulta, pues, una realidad y configura a los hombres. Es una consecuencia inevitable del orden social vigente. Junto a ella, está latente un implícito caos. Un enorme maquillaje — intelectual, moral, y emocional — pretende cubrir, sin embargo, la desintegración social. En amplios sectores de nuestra juventud reina la apatía. Nuestros mejores intelectuales tampoco se percatan de las verdaderas fuerzas de la realidad social, entretenidos en superestructuras secundarias. Habría que formar una «Inteligencia socialmente desligada (la Freischwebende Intelligenz que llamó Weber), relativamente desclasada».

Los rasgos típicos de la estructura social burguesa son los siguientes: Libre competencia y propiedad ilimitada. Relación de producción montada sobre la venta de la fuerza del trabajo al propietario de capital. Regulación por un mercado libre que fija el valor de la mercancía.

Ahora bien, este orden burgués montado sobre tales supuestos, lleva en su propia entraña el germen de la contradicción.

1º. — El principio implícito que se considera motor de toda actividad humana es el afán de lucro; o sea, se juzga el egoísmo como algo sustancial a la misma naturaleza humana. Nada más alejado, pues, de una supuesta civilización cristiana que vive y se nutre — incluso se halla estructurada — sobre la base del egoísmo humano.

2º. — Una libre competencia montada sobre una estructura de tipo «clasista» apenas es otra cosa que un simple principio formulado. Si el individuo ocupa como punto de partida un previo lugar en el sistema social: si el haber nacido en el seno de tal o cual familia condiciona la cantidad de cualidades y esfuerzos para triunfar, el juego tiene muy poco de justo y limpio. Entonces, la discriminación de clase tiene más valor que la libre competencia, no sólo para elegir la profesión sino para triunfar en ella. La competencia se deja influir más que por las cualidades en litigio, por el terreno de las condiciones sociales en que tiene lugar. Una cosa es las capacidades objetivas, y otra, las habilidades sociales; y son estas últimas las que, en un orden social burgués, determinan que un valor sea reconocido, aceptado, convenza o impresione. El ejemplo de nuestras «oposiciones» es manifiesto.

3º. — Esta desproporción entre el esfuerzo y los resultados, entre el trabajo y la consideración social, entre

VOCES DE ESPAÑA

Libertad y Justicia

los méritos y su compensación económica, tiene como consecuencia una evidente desmoralización. Significa una desvalorización de todo trabajo serio, y de los esfuerzos y cualidades reales que tengan los hombres. Que es así lo tenemos delante de los ojos.

4º. Si la ganancia es el móvil rector de toda actividad humana — ganancia económica, de prestigio, etc., pero ganancia al fin y al cabo — quiere decir que ocupa un lugar muy secundario la utilidad social que esta actividad representa y, mucho menos, las satisfacciones que el trabajo, por sí mismo, puede producir.

5º. — La famosa libertad burguesa que «hay que defender» sólo se traduce en términos de poder, y no de ser; poder sobre personas y cosas. Es decir, libertad de invertir y especular en empresas rentables; libertad de explotar a los asalariados; libertad de poseer el máximo de propiedades privadas. El resto de las otras posibilidades de ser y elegir — incluso todas las libertades civiles — se hallan casi anuladas.

Pero además, este tipo de libertad burguesa sólo está monopolizada por una reducida minoría. Es el tipo de libertad plutocrática reservada para un grupo de privilegiados. Y es que la libertad sólo existe para los burgueses allí donde ellos son libres. Para el resto, la inmensa mayoría, la libertad se convierte en una fórmula o un ritmo vacíos de realidad, desde el momento en que apenas pueden hacer el menor uso de ella. Se trata de un evidente sarcasmo decirle al individuo que vive bajo un puente que es libre. ¿Libre de qué y para qué cosas? No puede haber libertad real sino en la justicia.

6º. — No puede negarse que en el orden burgués se permite el uso del hombre por el hombre, desde el momento en que un patrono compra la fuerza de trabajo que un obrero es capaz de realizar. El capital, sustancia muerta, emplea la fuerza y la vitalidad de un trabajo aún por hacer; se hipoteca la actividad de un hombre. Por lo tanto, en nuestro mundo burgués de valores las cosas acumuladas superan a las manifestaciones de la vida. La persona que tiene capital controla a la persona que sólo tiene su vida, su productividad creadora. Las cosas están, pues, por encima del hombre. Y sin embargo, aún se sigue pregonando que se defienden los «valores de la persona humana». Seguimos con las contradicciones y los mitos.

7º. — En la estructura burguesa el obrero se encuentra deshumanizado respecto a su trabajo. No sabe ni le interesa saber, por qué produce tales o cuales mercan-

burguesas

Breve crítica de un mito

cias; mucho menos, qué relación tiene lo que produce con las necesidades reales en general. El trabajo se convierte así en algo antinatural, desagradable, sin sentido; algo exclusivamente dirigido a conseguir un jornal vacío de dignidad humana. Por lo tanto, un hombre sirve a otro hombre para fines que no son los suyos propios ni los de la sociedad en que vive. Sus fines son, exclusivamente, los del patrono a que sirve. Esto significa que el trabajador deja de ser fin en sí mismo, pierde su dignidad humana, y se convierte en medio para los intereses de otros. Aparte de que es una triste realidad que todo aquel que controla la subsistencia económica de un hombre, controla también su voluntad.

8º. — La propiedad privada también se va progresivamente deshumanizando. El propietario de acciones sólo tiene unos cuantos «papeles» guardados en el armario y, con ellos, los derechos e intereses de una empresa. Le queda sólo un símbolo de propiedad, mientras que el poder y la responsabilidad de la misma — que en el pasado fueron parte integrante de la misma — son ahora transferidos a un grupo independiente en cuyas manos está la dirección.

9. — Hay que aceptar — nos guste o no — que habrá de existir un antagonismo entre los intereses del capital y el trabajo; los beneficios de uno se forjan siempre a expensas de la mayor explotación del otro, un más alto salario del obrero repercute en el menor margen de beneficio por parte del patrono. Dificilmente puede explicarse, pues, una armonía o conciliación allí donde los intereses son contrapuestos. Como igualmente son los fines que persiguen. Porque mientras para el obrero se trata de ganar un salario que le libre del hambre, para el patrono importan los beneficios que rinda.

10º. — Finalmente, sabido es cómo en la sociedad burguesa la ley del valor de los productos tiene un papel regulador de la producción. De tal modo que, si la fabricación del coñac, por ejemplo, es más rentable que tales o cuales máquinas, los capitalistas invertirán en la primera, independientemente de que ello sea o no útil a la sociedad. No importa entonces saber qué es lo justo, y qué lo injusto, o qué lo bueno y qué lo malo; sólo importa saber que las cosas marchan bien y el margen de beneficios puede incrementarse.

JUNTO A ESTAS REALIDADES, la burguesía, más negativa que conquistadora, intenta defender sus ventajas. Su visión del mundo ha de ser — necesita ser inmanente, estática, conservadora porque mucho le importa el «status quo» reinante. Y aunque es verdad que le que-

dan muy pocas razones realmente válidas para defenderse, hay muchos intereses en juego, y es mucho lo que pueden perder. De aquí que elaboren toda una serie de superestructuras mentales que cubran aquella otra realidad. Incluso, algunas veces, estas superestructuras se convierten en una enorme fuerza activa, que utilizan cuando se ven amenazados en sus privilegios. Y entonces, toda la precaria libertad que el orden burgués permite, así como la propia legalidad y el orden que con tanto ardor defienden, están dispuestos a subvertirlo, en nombre de la Religión, la Patria, el Espíritu, o lo que sea. Y entonces sabemos el resultado: la dictadura de la burguesía capitalista. Porque no hay sólo dictadura del proletariado; hay también dictadura de la burguesía capitalista cuando la llamada democracia burguesa — por lo demás puramente formal — no puede ya garantizar el dominio del capital sobre los trabajadores.

La burguesía muestra también una gran tendencia a ocultarse tras un florido idealismo. Montan y elaboran una serie de ídolos tras de los cuales se sienten bien protegidos. Tales son la Civilización, la Cultura, la Paz, la Libertad, etc., todos con mayúsculas.

El arte es usado también como un eficaz estupefaciente para que los mejor dotados no se preocupen de otras realidades más «peligrosas».

Es curioso por otra parte, el uso reaccionario que de algunos conceptos como «naturaleza humana» o «derecho natural» suelen hacer. De tal modo que, a partir de una supuesta naturaleza humana, se hace del capitalismo el régimen que corresponde perfectamente a ella. Se le pone fuera del alcance de toda crítica. Si las cosas son así por ley natural, todo está justificado. Se le endosa a la Naturaleza, cuando no a Dios, todas las responsabilidades. El fatalismo y la resignación imponen su dominio. Hay que predicárselo así a los desposeídos: han tenido mala suerte en el reparto. Dios lo ha dispuesto, hay que resignarse.

Algo similar ocurre con la «propiedad privada» como derecho natural. Y sin embargo, no existe para las nueve décimas partes de los hombres. Incluso existe precisamente para estos pocos, porque se excluyen de la misma a la inmensa mayoría. Nos encontramos, pues, con la paradoja de un derecho natural usado sólo por unos pocos, pero que defienden en nombre de todos.

En resumen, la mentalidad burguesa elabora un convencional «nivel de realidad», en el que sólo han de realizarse las discusiones y acciones posibles. Fija el clima mental en que ciertos hechos y sus relaciones se consideran reales. Y fuera de él, toda otra cualquier idea se considera utópica, poco realista, cuando no subversiva o maligna.

Como punto final, juzgo que si se desea realmente conseguir un orden social en que la libertad y la justicia sean reales, no de palabra, hay que ir a la raíz de los hechos, y no quedarse en la superficie, limitándose a paliar ligeramente los síntomas más llamativos.

No se puede pues, intentar remediar el malestar social, con sólo transformar la mentalidad de los hombres empeñados en él. La armonía social que se pudiera conseguir así, sería más ilusoria que real, expuesta a quebrarse en cualquier momento, puesto que la vida real contradice continuamente sus postulados. Todo lo que no sea modificar las condiciones burguesas de producción y transformar en su esencia las relaciones del capital con el trabajo asalariado, es sólo intento de paliar los síntomas, dejando la estructura intacta. Existen relaciones sociales que son irreductibles. Abordarlas lucidamente, implica transformar la estructura social vigente.

J. AUMENTE BAENA

La obsesión de la guerra

Escritor y lector

La «CENSURA» de la paz

por E. RELGIS

V

Sí, debemos recogernos a veces, evocando el porvenir. Interrogemos a nuestra conciencia, y alejemos a los fantasmas del Mal, que anidan en los escondrijos del corazón; animémosnos en el balsámico aire de los recuerdos y las esperanzas y unámonos con nuestros semejantes, con todos los seres del mundo, anhelando — si no podemos sentirla desde ahora — la paz fecunda de la Tierra que gira entre las supremas armonías astrales... Debemos soñar, debemos idealizar, glorificar la vida, aun por el simple hecho de nuestra existencia. Nos fortalecemos entonces con nuevas energías morales y espirituales; sustentemos la fe en nosotros mismos y el amor fraternal para con los hombres, expiando los errores y justificando, por el trabajo individual y solidario, las aspiraciones hacia una sociedad más justa y libre.

Volvamos, no obstante, a la literatura de guerra. Es siempre presente, aumenta en sus múltiples formas, nos solicita, se insinúa, nos persigue como una obsesión.

¡La obsesión de la guerra a través de su literatura! No está demás insistir acerca de la influencia nociva de esta literatura. Después de años que parecían siglos, cesó la matanza entre los pueblos. Los sacrificados están reemplazados con los recién nacidos; sobre ruinas se levantan nuevos hogares, nuevas fábricas. En cierto modo, el recuerdo de la guerra en sí, con sus hechos y los sufrimientos soportados, va atenuándose: su terror, como una larva en su crisálida, se envuelve en sentimientos purificados y apacibles, en pensamientos que buscan nuevas posibilidades de mejoramiento y progresión. Y, lentamente, el olvido se extiende con su indulgencia y sus consuelos, sobre las heridas del alma y de los cuerpos maltrechos.

Pero la literatura de guerra nos acosa. No nos deja olvidar. Aun si contemplamos con toda confianza el porvenir, avanzando por la ruta de la reconstrucción social: aun si oponemos a la guerra nuestra hombría de bien, no dejando deslizarse en nosotros sus sarcásticos desmentidos y negaciones, estamos sin embargo perturbados. Los hombres fuertes moralmente se cuentan uno a uno. Son los que habían vencido primeramente a sí mismos, para elevarse por encima de su feo y malo pasado. Y con ellos están los pocos que siguen en su recto camino, sin haberse dejado desviar por las hordas de asesinos y los horrores del saqueo.

¡Oh, los millones de anónimos! Las muchedumbres, las naciones de la Tierra... También ellas están dispuestas, después de las despiadadas pruebas de la guerra, para la regeneración: para la libertad, justicia, hermandad. Pero, entre sus esperanzas, en sus instintos alterados por milenios de servidumbre, destrucciones y matanzas. Son como la gleba fecunda y paciente que hace madurar el trigo, pero en la que sobran los yuyos ponzoñosos.

Las multitudes — campesinos y ciudadanos, trabajadores manuales e intelectuales, hombres y mujeres — están ahora en estado de incandescencia, por así decirlo, listos para las formas que les darán los forjadores. El viejo mundo, de la guerra, no ha desaparecido. Puede urdir nuevos desastres. El viejo mundo está atrincherado en sus instituciones políticas, militares, económicas, religiosas, culturales. Su resistencia básica y eficiente, su fuerza de perdurar se manifiesta a través de su «ideología», vale decir, de sus palabras y escritos. Esta es, en nuestra época más que en las anteriores, la característica de cualquier orden social, bueno o malo, activo o parasitario.

Por la palabra escrita. Pues ella es constante y generalizada. Repite y repite. Penetra en la mente y el corazón. Sugestiona y domina a las multitudes ingenuas, crédulas. Desvía el idealismo innato, rudimentario, del hombre común. Demasiado a menudo reemplaza el pensamiento propio del individuo perdido en la masa. Altera los impulsos de la hombría de bien o desencadena las furias bestiales. Está hurgando sin cesar en las minas inagotables de los pueblos; calma y revuelve las olas de la sociedad; encamina las generaciones en la tierra firme o hacia los abismos...

Cualesquiera sean los extremos de sus oscilaciones, los ideales, positivos o negativos, son presentados bajo apariencias atrayentes y hasta hermosas. Todos los dirigentes pretenden ofrecer únicamente la verdad, la justicia, el bienestar, la libertad. Todos utilizan «las mismas» grandes expresiones verbales, «las mismas» palabras vitales y sagradas, «los mismos» medios lógicos y psicológicos. Y más que nunca, usan y abusan de la literatura de guerra — ya lo hemos demostrado — para mantener la confusión en los espíritus. Junto con los que constituyen la vieja sociedad — jefes de Estado, militares, eclesiásticos, diplomáticos, capitalistas, políticos demagogos y los demás privilegiados encaramados en el Poder — contribuyen a esta obsesión de la guerra; los

poetas, novelistas, dramaturgos, artistas, periodistas, profesores... Todos creen — algunos con las mejores intenciones — que relatan objetivamente los acontecimientos, que expresan los sentimientos, que aclaran, interpretan y defienden la «ideología», es decir, las aspiraciones y los intereses de los pueblos respectivos, pero enemistados los unos contra los otros. Su obra, no obstante, no es, en el fondo, humana en sentido permanente y universal; la guerra descrita — épica, política o «estéticamente» es tan inhumana como la guerra real.

Y eso es precisamente, lo que tememos. Denunciamos el peligro oculto bajo apariencias alentadoras. Lo repetimos sin miramientos. Evocamos la «última» guerra, tan cerca de nosotros, «vívida» por todos, soportada por las muchedumbres con sacrificios y dolores que no acabaron todavía. Sus huellas persisten en nuestros días: las ruinas, los mutilados, los enlutados, los huérfanos, los empobrecidos... y los innumerables sepulcros.

Pero la vida continúa. Debe renovarse en una atmósfera pura, bajo un cielo despejado, sobre la tierra fructífera. ¿Cómo podríamos recomenzar esta vida, en la obsesión de la guerra perdura sobre todo mediante su literatura? ¿Cómo renovaremos las energías agotadas, las esperanzas desengañadas? ¿Dónde hallaremos el estímulo para seguir en nuestras tareas, la canción que alienta el trabajo, la sonrisa del perdón, el amor que consuela y fortalece?

La literatura de guerra — la existente y la que brotará [quién sabe cuánto tiempo], será estorbo del progreso, una «inhibición» nociva, insospechada ahora, en los primeros años de posguerra y de paz vacilante. Esta literatura podría engendrar otros odios, otras sicosis catastróficas. Un velo de duelo cubriría nuestra existencia: una tristeza subterránea, obstinada, agotadora; un descorazonamiento enfermizo, un pesimismo lúcido o irracional, que arrastra hacia el renunciamento definitivo o las exasperaciones aniquiladoras, hacia la degeneración senil o las perversiones irrefrenables, hacia esa lúgubre esclavitud que se desvive sin saber por qué y para qué — o hacia la cinica avidez de los poderosos que pelearán para las últimas voluptuosidades terrenales.

¿Exageramos? Puede ser. Puede ser. Pero la verdad susurra en lo hondo de la conciencia. No podemos menos que clamar y advertir: ¡Alerta! ¡El peligro está al acecho en ti mismo, hombre, y en torno tuyo! Está en lo que escuchas, en lo que te ofrece la «sociedad» astuta y tiránica, cuya expresión es, más que la violencia organizada, la palabra oral o impresa. Por más que volvamos al problema inicial: la regeneración individual, no olvidemos que existen manifestaciones sociales que pueden alterar, impedir o anular la liberación del individuo. Persisten influencias que se infiltran a través de la más severa vigilancia de la conciencia. La guerra nos ha mostrado cuán frágil es la conciencia del hombre, cuando la acosan las ilusiones, la sugestión de la propaganda o los ímpetus colectivos.

Por eso insistimos acerca de la causa y no de sus efectos. Porque los escritores son, de cualquier manera, superiores a sus lectores medianos, porque son más capaces de discernimiento crítico y pueden penetrar hasta las raíces de los peligros que presentimos, es a ellos que dirigimos nuestra angustia y nuestra advertencia. Tienen la gran responsabilidad, ya que ellos escriben.

Y son tanto más culpables, si lo que escriben — su literatura — fomenta la guerra y encubre o «espiritualiza» sus desgracias.

La literatura de guerra debe ser controlada según los criterios más rigurosos de la paz y la humanidad. Debe ser refrenada, en vez de dejarla derramándose hasta que una nueva guerra le conseguirá abundantes temas y motivos de «inspiración». Recordemos que en las visceras de la primera guerra mundial se publicaban todavía estudios, memorias, novelas y versos inéditos, en Francia y Alemania por ejemplo, acerca de su guerra de 1870, y aun sobre otras guerras de odio «secular».

Los escritores deben elevarse por encima de las ficciones «ideológicas» y resistirse a los imperativos momentáneos de los dirigentes oficiales. Antes que todo, deben servir a la verdad, como precursores realistas y también como visionarios idealistas de su pueblo y de la humanidad entera. Humanizar y universalizar su literatura, particularmente en lo que atañe a los trágicos trastornos de la guerra. Tienen que cuidar y valorar sus palabras. Que sean dignos de su misión y guías espirituales de las multitudes. Y sean sus palabras inmaculadas como el oro y fructíferas como los granos de trigo. Su primer deber es el de respetar «el sentido» de cada palabra. Sepan que el sentido de una palabra es, en el fondo, único. Y que también en sus palabras el bálsamo del corazón dolorido, y la llave que abra la puerta de los secretos a la razón que quiere saber y conocer. Sea su obra una piedra que acreciente el templo de las generaciones. Duradera sea su palabra, como todo elemento vital, ya que el espíritu es también verbo, sustentándose con él y exteriorizándose por él. En esta fase de la evolución humana, más que en las anteriores, predomina la escritura, el libro, la palabra transmitida y difundida por la imprenta, la radio o la imagen. Y el libro puede ser criadero de todos los males o el evangelio de salvación.

No olvidemos, empero, al lector. El también debe renovarse, compenetrarse de la misión y la responsabilidad del escritor. Si no escribe, que sepa por lo menos «qué» y «cómo» debe leer. Debe elegir alimento sano, aire puro, jardín florido, hogar tranquilo para sus necesidades diarias. Así también debe ser su lectura: sana, pura, instructiva — y todo lo que pueda hacerle mejor; más justo, más libre y bienhechor en el círculo de su existencia.

La literatura en general puede cumplir con su papel y progresar por la selección esclarecida de los lectores, y no solamente de los críticos más o menos profesionales. El éxito de librería — los famosos «best seller» — han sido y son, lamentablemente, tentadores tanto para el lector como para el escritor, extraviando y engañando a los dos, en la mayoría de los casos. El verdadero escritor no «produce» para la tirada ni para el comercio de papel impreso; escribe para sí mismo, y para su amigo, su hermano desconocido. Escribir es para él lo que el recogimiento es para el creyente: empeño de realizarse y perfeccionarse a sí mismo en las necesidades y coacciones del mundo, anhelando los ideales, a los que siente siempre, como esencias vivas.

Agregamos a lo que parece una profesión de fe, esta exhortación «práctica».

Sabemos que cualquier progresión se cumple por los esfuerzos individuales, de cada uno y de todos juntos: sabemos también cuántos peligros amenazan al indi-

CATALUÑA POPULAR

por Juan FERRER

ANECDOTAS QUE HAY QUE SACAR DEL OLVIDO

TRANSCURRIA nada apacible el año 1872. Los carlistas se habían echado al monte en defensa de los derechos inquisitoriales, y disfrazados con el uniforme de los «soldados de la fe» varios bandidos saltaban de una «masía» a otra cometiendo fechorías. Uno de éstos, Carlos d'Espoia, cayó en una celada siendo entregado a una tropa carlista. Juzgados sumarisimamente el bandido y varios de sus cómplices, fueron llevados en procesión al fusiladero (emplazamiento actual de la estación ferroviaria de Igualada); mas, al pasar frente a la taberna instalada en los bajos de un caserón llamado «La Carraca», el condenado principal recabó de sus guardianes el cumplimiento de una de sus últimas voluntades: tomar una copa de aguardiente en aquella tasca de la cual, en tiempos mejores, ha-

viduo aislado o perdido en la multitud; sabemos que en una sociedad amaestrada, acostumbrada con la «organización» forzosa y con el dirigismo de algunos pocos, no es suficiente solamente la incitación interior, de la conciencia personal. Así sucede en nuestros días, con tantas cosas grandes o pequeñas. Y por estas razones es menester coordinar y fortalecer el control de ese fenómeno específicamente humano que es, en su doble aspecto, escritura y lectura. Desde luego, no de un modo autoritario y absolutamente «legal». Es mucho más eficaz el control directo, persistente, del lector y del escritor independiente.

Si pensamos en lo que ha sido durante la locura bélica la censura oficial en todas las manifestaciones públicas y hasta privadas, podemos preguntarnos — sin querer estorbar en lo más mínimo las verdaderas libertades de pensamiento, de prensa y de difusión — si este auto-control ¿no será más necesario, más imprescindible ahora, cuando está por iniciarse una «nueva época» social y política? Auto-control, vale decir, revisión de la propia conciencia y del propio comportamiento, fundado en la regeneración moral, en la firmeza lúcida y activa del espíritu. Y, con relación a nuestro tema, esto significa una doble selección de parte de los lectores y de los escritores que deben vigilar y refrenar esa epidemia, insinuante e invasora a la vez, que es la literatura de guerra. Porque solamente esta literatura puede exaltar e idealizar a la guerra, en estos tiempos en que la palabra, escrita u oral, es un elemento vital y la expresión tan multiforme y seductora de la cultura universalmente humana. (1)

(1) No desconocemos las causas políticas y económicas, ni el nacionalismo, el imperialismo y las demás fuerzas agresivas que fomentan la guerra. En este capítulo nos limitamos a un solo punto de vista.

bía sido parroquiano. Conseguido su deseo, entabló el siguiente diálogo en el mostrador:

- Hoy de la más fuerte que tengas, Madrona.
- ¿Falla el ánimo, Carlos?
- No, pero tu aguardiente calienta más que una garibaldina.
- Lástima de eso, Carlos.
- Ninguna importancia. En total, que unos ladrones van a matar a otros.

Madrona la tabernera no era otra que la madre de Manuel Ars, el compañero fusilado en Montjuich en 1893, y abuela de Ramón Ars, el compañero cobardemente y atrozmente asesinado por orden del general Arlegui en una delegación de la policía de Barcelona.

Juan Moles, peón de albañil y a mucha honra. Era un mocetón grande, desbordante de vida. De muy joven se le hallaba en todas las protestas y encabezando motines contra consumidores, curas, esquirols o lo que fuera. En una pelea vulgar puso en fuga a dos grandullones de su misma estampa, pero un tercero, menudo y taimado, estuvo en un tris de acuchillarlo a traición. Advertido a tiempo, Moles se deshizo a mandobles de su peligroso enemigo, el cual, tiempo a venir, cumpliría 36 años de presidio por asesinato de tres personas. Este sujeto murió en mendigo, y sangrando a quien se descuidaba un poco, según era su especialidad.

Moles pasó a Barcelona por ley de quintas. Corretín de órdenes en el ejército, quebraba la gravedad de las ordenanzas persiguiendo perros por las calles con marciales sonidos. Luego afinó su conducta y fué anarquista de provechoso. Lo prueba que fué fusilado por el enemigo.

En la noche del 24 de septiembre estallaba una bomba en la platea del Teatro del Liceo de Barcelona, como represalia al fusilamiento del anarquista Pallás. El guardia civil Isidro Castro fué el primero que entró en la ensangrentada platea para prestar auxilio a las víctimas del famoso atentado. Como premio a su comportamiento, la comandancia del cuerpo le concedió al número Castro un mes de permiso, que el favorecido fué a pasar a su casa, sita en un pueblo de la comarca de Graus (Huesca). Para emplear sus ocios, el guardia Castro acostumbraba a echar una partida de naipes todos los días en compañía de unos amigos de infancia. Terminado el permiso, el favorecido regresó a Barcelona para reincorporarse a su puesto. Pasadas unas semanas, Castro compró, como de costumbre, el diario, esta vez para leer una noticia que le dejó perplejo: el verdadero

autor del atentado del Liceo, Santiago Salvador, había sido detenido, y él, guardia pundonoroso, él, la primera autoridad que penetrara en el Liceo después de ocurrida la terrible explosión, había jugado a las cartas, durante treinta días, con su antiguo amigo, el terrorista Santiago Salvador, con toda la inocencia de este mundo...

..

El compañero Mauro Bajatierra, madrileño cien por cien — también Salvador Seguí fué barcelonista diez por diez — tuvo el buen acuerdo de conceder colaboración para el diario confederal «Catalunya», colaboración que el firmante pasaba del castellano al catalán. Terriblemente enojado, Mauro cortó sus envíos aduciendo que la Cataluña revolucionaria era poco menos que un «bluff» y que incluso la columna de socorro iba a Madrid dirigida por Durruti, de catalana sólo tenía el nombre. El motivo de este cambio repentino era la supuesta traición de un grupo de veinte catalanes alistados en nuestras filas por quintas. Como se trataba de un puñado de reaccionarios, como tales se pasaron al enemigo, disparando, en su fuga, ocho tiros contra el confiado Mauro. Le aduje que en todas partes hay gente buena y mala sin que Castilla pueda librarse de esta ley. Le hablé del bakuninismo impulsado y desarrollado en Barcelona, del hogar libertario que siempre ha sido Barcelona; y de las gigantescas luchas sindicales sostenidas en Cataluña, anarcosindicalista siempre frente al Madrid al Bilbao y al Oviedo socialistas y ante los yermos humanos que maculaban una parte importante del panorama social español. Le recordé la filiación de los catalanes que habían acudido a Madrid a saludar por dos veces a Alfonso XIII y una a Dato, y el entusiasmo y sacrificio de los compañeros que en olvido de la Barceloneta, de las cepas del Vallés, de los pinos de la Segarra y de los avellanos de Tarragona se descrismaban en la Casa de Campo para serles gratos a la Cibeles...

Sensible como era, pobre Mauro, le faltó tiempo para darme la razón, con promesa de interceder para un feliz casamiento entre «el Colón anarquista de los barceloneses y la Cibeles libertaria de los madriles».

CON EL FEDERALISMO METIDO EN LA SANGRE

El mérito del pueblo catalán está en haberse anticipado siempre a «sus conductores», en haber ilustrado, con su conducta y sus aspiraciones, a los preclaros intelectuales que se han puesto a su servicio. Prototipo de raigambre popular fué el ciudadano Bernat Xinxola, barricadista inveterado, siempre presto a acaudillar la rebeldía de su barrio en pos de una República de horizontes no concretos por lo ilimitados. Galardón ennoblecedor de la «chusma» lo fué el propulsor del federalismo, Abdón Terrades, cuya trayectoria prosiguiera el proudhoniano Pi y Margall. Cuentan igualmente en la pléyade de hombres representativos del alma popular, Valentín Almirall, el músico Clavé (su hermano fué otro Bernat Xinxola), el antideísta y revolucionario ferviente Francisco Suñer y Capdevila, los guerrilleros federales Xic

de la Barraqueta. Palet de Rubí, Juan Deu y muchísimos otros; pero lo interesante es insistir en que el pueblo despertó por sí mismo, que el dolor de siglos no pudo embrutecerlo, que reacciona contra el sistema de esclavitud mantenido por la Iglesia y por el capitalismo desde tiempo inmemorial pegando fuerte, puesto que la legalidad de entonces era la jornada de trece horas, el pan y el arenque, la amenaza de despido y el encierro formulario con vistas a la perdición absoluta. En el suplemento de «Tierra y Libertad», que se publicaba en tiempos de la II República hemos descrito cómo una huelga de tejedores habida en 1854 terminó con 16 hombres llevados a la cárcel y de ésta a los trabajos forzados del canal de Urgel, sin que jamás se haya tenido noticia de ellos a pesar de que la condena se reducía a dos años de castigo penal.

El impulso de los trabajadores en plan de dejar de ser esclavos los llevaba frecuentemente al abandono del trabajo por una reclamación o por una merienda, «pues no solamente deben merendar los ricos». Carros cargados de telas producidas por esquirols (1) eran implacablemente quemados y muertas sus caballerías por los huelguistas «sobrados de razón y miseria». Frecuentemente, una huelga perdida se saldaba con el asesinato del patrono que más regocijo había demostrado por la humillación sufrida por los obreros. En síntesis, la lucha social llevada «a la catalana» es nada menos que eso: el instinto de vida del pueblo que trabaja contra la cerrazón y el orgullo de los que abusan de todo sin producir nada.

Sucedió, para bien de España y del porvenir de los pueblos, que la inquietud nativa del trabajador industrial catalán fué canalizada por teóricos incipientes primero, por sociólogos certeramente orientados después. El pueblo ha sentido honda estima por Pi y Margall hasta cierto punto: el de su probidad de conducta y pensamiento, siendo indiscutible que Pi y Margall es considerado como emblema de libertad y no como hombre de gobierno, del cual nadie se acuerda. Lo magnífico del pueblo catalán es que carece de ídolos y cuando éstos han sido — por ley de circunstancias — lo fueron pastados al barro para ser pasto de la lluvia corrosiva del dictorio popular, casi siempre justificado. ¿Qué fué del «barra» Lerroux? ¿Qué de Marcelino Domingo? ¿Qué de Francisco Maciá? Flores de un día aceptadas en el jardín del deseo colectivo que no hay que confundir con el de renunciación. Y no es que haya orgullo en el alma de los obreros catalanes, sino un instinto — que viene de viejo — más o menos definido que lo impele hacia un atrevido más allá. Cuando un productor vota «izquierdas» en nuestra tierra, los po-

(1) «Esquirol, persona oriunda del pueblo de Santa María de Corcó, llamado vulgarmente El Esquirol a causa de la abundancia de ardillas albergadas en sus bosques. Varios vecinos de El Esquirol trabajaban como reientahueigas en Manlleu, partiendo de aquí el apodo que generalmente se da en España a los obreros que traicionan a sus compañeros.

líticos hacen mal en fraguarse ilusiones, puesto que en el fondo el ciudadano de tercera clase es anarquista a contar de la Revolución Francesa. A partir de 1835 nuestro hombre de la calle no cesa de quemar templos, de faltarle al respeto al «amo», de pelearse con las autoridades, de ciscarse con la ley, a la cual considera fundamentalmente letra enemiga. Por eso en cada corazón obrero late un reconocimiento, vago o encendido, según cada estado síquico, hacia Anselmo Lorenzo, Prat, Tarrida del Marmol y Mella (casos de superación absoluta comparados con los casos de superación relativa de Juan Peiró, José Negre y Salvador Seguí, aunque no por ello menos estimados). Vamos a mencionar igualmente la influencia ejercida por escritores del exterior al ejemplo de Kropotkin, Bakunin, Gori, Malatesta, Fabbri, Rocker, Max Nettlau, Most, Barret, Bonafoux, Zola, Víctor Hugo, barón d'Holbach, Büchner, Malato, Grave, S. Faure, Darwin, W. Morris, Gorki, Gogol y muchos otros hoy más conocidos de los españoles que en sus respectivos países de origen.

Lo fuerte, lo visible e imperecedero del trabajador catalán — sin negar la misma condición a sus compañeros peninsulares — es su valor autonómico, su personalidad consciente, su cordial desprecio a cuantos sistemas, leyes, entidades o personas opongan cortapisas más o menos descaradas a su libertad. Lo que precisa es que esta hermosura de sentimiento sea desarrollada y pulimentada constantemente por los anarquistas, por los idealistas antes que por los pirotécnicos explotadores de la revolución. El hombre del taller, la mujer de la fábrica, la gente que trabaja fuerte en el campo, en los momentos caldeados y álgidos se estiman representados por la organización obrera confederal, la que no exige sumisiones, la que ha reducido la jornada semanal de 78 horas (de noche a noche) a la más pasable de 40, la que está presente en las calles, en los lugares de trabajo, en las cárceles, en todas partes menos en el Parlamento, en las imposiciones de medallas y en los restaurantes de lujo.

Por eso en Cataluña, mayormente, ni la reacción ni el republicanismo burgués tienen consistencia, como no lo tendrá el bolchevismo dada su característica furiosamente estatal, trituradora de voluntades. El proletariado de Cataluña será libertario y nada más, puesto que la actual y las futuras dictaduras carecen de base autóctona y no podrían mantenerse más que por la fuerza artificial suministrada desde el extranjero. Del pasado, ni hablar, puesto que lo que han perdido la religión, el capitalismo y los partidos políticos en crédito moral, es incalculable.

Generalmente hablando, sólo el acratismo acochado por el sindicalismo que se concreta en la CNT ha salido indemne del chubasco torrencial de estos últimos tiempos. No negamos capacidad reactiva en los sectores que pueden establecernos concurrencia; lejos de nosotros tal idea. Vueltos a la tierra que nos obsesiona, los partidos reharán sus sedes respectivas e incluso sufriremos la competencia y la apetencia de entidades extranjeras con casa matriz en Moscú y Washington. Pero lo

cordial, lo anímico, lo valedero, estará, como siempre, vinculado en la Confederación Nacional del Trabajo y en el acratismo, esencialmente populares.

La torpeza del liberalismo tradicional de Cataluña estuvo en no haberse sabido adaptar a la ley evolutiva de «su» pueblo, en haber permitido que el bolchevismo lo hiciera quedar atrás. El prejuicio burgués de la clase media, sabiamente explotado por la reacción roja, determinó que las colectividades populares (superación de las Germanías de Valencia) fueran atacadas con toda suerte de armas a fin de desacreditar una revolución anarquista que, de afirmarse, habría derrotado a la luz de los hechos a una dictadura del proletariado que después de 31 años de ensayos y contraensayos no puede desprenderse de la dictadura ni de la existencia de proletariado. De 1936 al 1939, el liberalismo catalán abdicó lamentablemente, negó su procedencia y su historia al convertirse en apéndice de un partido totalitario, delito que no hubiesen cometido los menos modernos Pi, Salmerón, Vallés y Ribot y Martí y Julià. Si la esencia autonomista y libertaria está en la CNT (cuya sangre y cuyo aliento radican en las multitudes trabajadoras que la nutren a centenares de miles), por ley de historia, por deber de sinceridad, la intelectualidad de izquierdas debía figurar, en 1936, al lado de Comas Solà, de Carsi y de otros valiosos elementos, en los laboratorios, en las oficinas, en las aulas en las colectividades y en todos los lugares en donde se trabajaba en positivo para el triunfo de la causa del pueblo.

Franco no triunfó por sus armas, sino merced a los espíritus desvinciados.

LA PICARESCA

Por regla general, los derechistas de Cataluña no tienen picaresca pública por ser, sus gracias, eminentemente pornográficas, válvula de escape a las cohibiciones que la iglesia católica les impone. Para sus hijos han contribuido a la publicación del «Patufet» mientras que para ellos se reservaban las gracias lascivas del «Papitu», redactado por ex-seminaristas, falangistas militantes que actualmente comulgan a diario.

La burguesía liberal tiene su picaresca acaudillada por Llanas, Rusiñol, Gener, Burgués, etc., al extremo de que el tradicionalismo se ve obligado a echar mano de ellos cuando trata de apoderarse del tipismo popular.

De Rusiñol y Casas se cuenta — entre otras muchas anécdotas — que en una feria de montaña adquirieron una parada de loza y vidrio a los efectos de la reventa. Una mujer se les acercó para contratar una jicara ruin a quince céntimos, exigiendo ellos cincuenta pesetas. Escandalizada, la mujer se largó, oyendo como la jicara se hacia añicos a la vera de sus pies. Siguió el mercadeo con otros montañeses, y ahora un porrón, ahora una olla, todas las existencias de Rusiñol y Casas quedaron hechas trizas por desavenencia con el público. Risa cara que Rusiñol y su amigo podían pagar.

En 1915 la comisión de huelga de Curtidores visitó, entre otros, al patrono Castelltort para pedirle que firmara la base de las 8 horas. Muy cortés, el visitado invitó a los comisionados a entrar en el interior de su casa, para, una vez en ella, decirles: «Ya ven ustedes: mobiliario estilo Renacimiento, algo usado, pero en buen estado. Escojan la parte que les corresponde e indiquen cual es la mía. Después iremos al tejado a repartirnos las tejas».

Hace cosa de cuarenta años que en la casa Godó y en las casas godonistas se infiltró la distinguida manía de nablir privadamente en castellano, trascendiendo al pueblo, por las ventanas, la abundancia de inevitables barbarismos. Así los niños de casa rica se llamaban **Cunitu** (Juanito), **Caimitu** (Jaimito), **Paricu** (Perico), Roquito, y **Tanasia** (Atanasia). A un muchacho de mi edad hijo de un joyero, le llamábamos aviesamente **Perrito Navidad** por traducción contrahecha de Pedrito Nadal. Con un mínimo de descuido, a las damas de mi tierra Gómez les resulta **Gomes** (gomas), Pérez **Peras**, López **Llópez** y Menéndez **Manendas**. A cada uno de estos apellidos (?) antepóngaseles el título de Señor.

El fabricante de almidones Clarasó, llegado a un puerto de la China contrató mediante signos un cochecito tirado a mano para dirigirse al hotel. Abrumado por la carga (Clarasó pesaba 105 kilos) el chinito que arreaba se reposó en mitad de una cuesta, exclamando en catalán puro, seguro de no ser comprendido: **Quant pesa aquest fill de Tuta!** (¡Cuanto pesa este hijo de...!)

A los componentes del Grupo «Jóvenes Libres» la vox populi nos designaba con el denominativo de «Cóbense» etcétera; como si dijéramos: «Cuevanos Libres».

A la pubilla del mas Guixé le ocurrió un delicado percance sin que su familia lograra arrancarle el nombre del macho que le robó la honra. Interviniendo el cura le preguntó el cómo y el quién a la cuitada. «Venga usted conmigo» — convidóla ésta. Y lo llevó a las afueras. Y le rogó que se quitara pantalones y calzoncillos, y en vista de lo ya visible señaló la causa, al tiempo que de un empujón derribaba al reverendo de popa sobre unos zarzales. Ayes y juramentos más o menos eclesiásticos, interrumpidos por una pregunta de la moza: «¿Qué pinchazo le ha hecho más efecto, señor cura?» — «Ay, no sé, hija; han sido tantos y tan variados, que me dejan confundido». — «Pues lo mismo me ocurre a mí» — aseguró la muchacha pensativa.

La picaresca popular es densa, intuitiva y espezanzadora. Véanse estos versos tradicionales en el Entierro de la Sardina:

que si avui som pobres demà serem rics;
Carnestoltes no estiguís trist
que els qui ara afaiten remullaràn
i els qui remullen afaitaràn.

A señalar: que la situación actual del pueblo español es la del Carnestoltes, presintiéndose, sin embargo, la transformación que promete la copla.

Al festero sin seso, al ciudadano que huele a prosa eterna, o a **carn d'olla** de siglos, la mordien-

te musa popular le ha reservado una de sus más gráficas quitetas antipascuales

Tu que has fruit eixes festes — fas una fetor que empestes — puix que n'estàs enfitat; — tens la faç esgrogueïda — i el sulls et surten del cap. (Tú que has gozado estas fiestas nides que te las pelas por estar indigestado. Tienes el rostro amarillo y el mirar desorbitado).

1919. Hallándose mi amigo S. en el ejército, un asturiano y un madrileño le pidieron que cantara «Els Segadors». Ignorando tal cantar (que es lo que, aproximadamente, nos ocurría al 92 % de los catalanes), el amigo S. les dió satisfacción engarzando notas de su invención con unos compases del «Frou-Frou» y de «La Paula en té unes mitges», tras cuya caprichosa audición ambos solicitantes se desataron en furibundeces contra el maldito himno separatista de los catalanes.

El comediógrafo Enrique Tubau quiso sacar una revista teatral a base de tipos populares, contándose entre ellos Carrió el gordo y Tano el transparente. Para el número de ambos Tubau dispuso un desafío a sable, dando el Tano, con demasiada frecuencia, en el vientre de su rival sin que éste, en ninguna ocasión, acertara a pinchar a Tano. Tal circunstancia hizo vociferar a Tubau que «este Carló es tan pelma que jamás dará en el blanco», a cuya invectiva el aludido replicó enojado: «¿Cómo voy a tocar a mi enemigo si está tan estrecho que apenas existe? ¿Y cómo no va a tocarme a mí si mi barriga llena medio escenario?»

Los curas lugareños rivalizaban en la celebración de angelicos cuan domingueros espectáculos consistentes en la representación de una pieza de teatro católico (a la Castidad solía representarla un feligrés del tercer sexo), en la emisión de versitos celestes y en un discurso convocatoria del sueño. Colofón a uno de estos pios actos lo puso la siguiente nota inserta en la «Oca (Hoja) Dominical de Tous»: «El éxito de la fiesta fué brillantísimo. Lástima que parte del público estuviera colocado de espaldas al escenario susurrando amor en parejas, o claqueando avellanas o masticando cacahuetes con visible desafuero».

LA MUSICA

Sería una torpe osadía que un país cualquiera se atribuyera la exclusiva de la música bella, de esta inefable caricia de los sentidos. Ni el pueblo germánico, el más educado musicalmente, puede recabar para sí el mérito de poseer la sensibilidad más despierta. Así como hay literatos excelentes que no perciben el aliento del paisaje humano ni el de la Naturaleza, así hay músicos por educación, por preparación, incapaces de gozar las excelsitudes de la música, para ellos materia de especulación y análisis. ¡Pobres profesores en frío!

Beethoven, Wagner, Mendelssohn, Bach, Mozart, Schubert, Schumann, Listz y Brahms no hicieron patria, sino arte y universo. Como Tárrega, Chapí, Albéniz, Granados, Falla, Morera y Pahisa. Hay, cierto, música ambiental, animica, como hay colores infinitos, como hay belleza y armonía considerada un tono terrenal. El arte, para serlo, no puede sufrir mutilaciones. Lo que es hermoso o su-

blime, todos los ojos, todos los oídos, todos los sentidos lo pueden gozar. Ponerle ironías a la música sería un crimen ejercido contra la música misma. La obligación nuestra es extender toda la riqueza melódica que anida en el corazón del hombre a todos los espacios conocidos.

La música comienza por la canción de cuna y no acaba nunca. La «Marcha Fúnebre» de Chopin — la más fúnebre de todas las marchas — ha sido concebida para apartar despojos. Tras el arrullo de la madre, es el piar de los pájaros lo que recoge nuestra atención infantil. Luego el murmullo del bosque y el canto de los trilladores neutralizado por el viento. Influyen igualmente en nuestro ánimo el despertar del día y la tristeza del crepúsculo; y la presencia de la muchacha que nos es querida sin saber si ella nos quiere... Música son las impresiones duraderas (hoy se plasman ya en discos de cera) y las caricias de los niños. Música es, también, la posesión de ideas nobles, de sentimientos elevados.

El poeta busca en la rima la música que no puede escribir por ignorancia de las seis claves.

El cantor espontáneo da salida armonizada a las penas o a los goces aprisionados en su pecho.

El «sí» de la muchacha ambicionada equivale a una Oda musical de valor eterno para el galán favorecido.

Música lo es todo, sin que los pasodobles, los cuplets, el vino, la pobreza, la ignorancia, la avaricia, la fiesta nacional, la ruindad y la estupidez permitan, a veces, que lo veamos.

Sentir la música es facilísimo compulsando los latidos de la Naturaleza y los de la humanidad en ansias de dicha. Ser filarmónico es ser bueno.

Hemos conocido en Marsella a un muchacho catalán llamado Fernando. Parecía vulgar, al extremo de que un amigo lo interpretaba «un cerdito con tirantes». Y no era verdad. Sin preparación alguna, vibraba ante un estremecimiento de los pinos, o recogiendo un aire dulce o sentimental. No se lo llevaba el ripio musicalero, y un inicio beethoveniano (¡máda sabía del mago de Bonn!) lo sumía en éxtasis repentino. Cuando improvisaba un aire, éste era siempre candoroso y emotivo, tanto, que su mujer, chabacana y braguetera, no lo podía resistir. ¡Podía reventar esa criatura insulsa! Pero no; reventó él, que aún estamos en la sociedad en la que los sensibles son los que llevan las de perder.

Por mi parte, ruego a cada compañero, a cada compañera, que se recobren anímicamente, que íntimamente regresen a su estado de niñez para percibir los colores, los sonidos y las sensaciones con la nitidez y la candoridad de antaño. Es así como conseguirían soslayar su desvío — los que lo sufrieron — y comprender esa riqueza de sonidos que hace dormir porque el sentido de la percepción hace años que está dormido.

—Y de la música catalana ¿qué? — preguntáis. Pues que ella está mezclada en la sinfonía universal del Arte, como una cromática más, como un sol anaranjado entre miríadas de soles tan hermosos como él. Afortunadamente, el Arte es más anarquista que los hombres.

LA LITERATURA

Nuestra literatura antigua es cansina y fastidiosa, salvo rarísimos casos. Historia entretendida de leyendas, con guerreros que rajan y santas que vuelas. Hay versitos épicos dignos de su época, leibles hoy en día por curiosidad.

El libro catalán fué privativo de los benedictinos y las publicaciones pasto de curas fracasados. La prosa y el verso catalanes sufrieron largo vasallaje, vil entrega a feudales y frailes traqueros. Las crónicas laudatorias del señorío son incontables y las cantatas al poder celestial innúmeras y fastidiosas. El pueblo, siempre desecado, permaneció hundido en la ignorancia y en el envilecimiento hasta que el aldabonazo de la Revolución Francesa rompió el cristal de su milenaria somnolencia. El primer sindicalista catalán se descubrió atentando contra la vida de su amo. He aquí el primer libro escrito por la Confederación Nacional del Trabajo con la sangre de un pertinaz, de unos pertinaces amigos de la esclavitud. El triste vasallo, con la lejana revuelta de los romances, tuvo su primer conato de espartaquismo. Pero la espada y la horca dominantes acallaron y la sangre fué olvidada. Y las generaciones de esclavos volvieron a nacer y a perecer en el más desesperante de los olvidos.

Quisiéramos ver un libro antiguo que se ocupara de la causa de los oprimidos. No lo hay, o no se ha divulgado. Entelequias de sabios, o sabios en potencia, han producido letra para su blasón, para su casta, para su peculio. Falto de alimento espiritual, condenado a sufrimiento perpetuo, el paria catalán, al abrir los ojos, no podía ser otra cosa que CNT.

Los Gremios artesanales fueron notables por el espíritu de independencia manifestado ante la nobleza. Pero en los Gremios artesanales no cabía la púrra, la pobrissalla.

Cuando los literatos libres aparecieron, ya el sindicalismo revolucionario estaba en pie; incipientemente, pero ferozmente en pie. A un presidente de Tintoreros lo estranguló la autoridad en Barcelona en 1850 acusado indignamente de acaudillar una pandilla de bandidos del ramo cortapechos. Mentira sangrienta que aún se repite en nuestros días y que volveremos a replicar.

Hay que descubrirse ante el monumento literario de libertad e irreligión erigido por los Benot, Sunyer Capdevila, Pi y Margall, Clavé, Salmerón y otros, que tanto contribuyeron en el siglo pasado a levantar el espíritu y la inteligencia de los oprimidos. Aprovechable, lo es en todo o en parte la obra teatral de los Rusiñol, Iglesias, Pous y Pagés, Guimerà, Cortiella y pocos más. La obra anticlerical en sátira también ha sido provechosa. Pero cuando los republicanos se decidieron a escribir en catalán, los católicos ya habían atraído la indiferencia de los obreros a causa de lo mucho que en catalán se había escrito en pro de la rutina y contra el Progreso.

La sardana es la dansa més bella...

Verso que atribuimos por error a Guimerà siendo de Maragall.

- Sola Canizares, F. — «El Moviment revolucionari a Catalunya». Barc. C.
- Souchy, A. — «Colectivizaciones». Barc. ETYL.
- Sorre M. y Ston, J. — «Trabajos geográficos». Paris. Colin.
- Thoryo, J. — «La independencia de España». ETYL. «Joquin Costa, precursor de la revolución española». Barc. Tim.
- Torrent, Jean. — «La presse catalane depuis 1641». Barc. APP.
- Trend, J. B. — «The origins of modern Spain». Cambridge. UP.
- Treves y Ayala. — «Una doble experiencia política». Méx. Col.
- Trotsky, L. — «Leçons d'Espagne». Par. Pío.
- Unamuno, M. — «Ensayos»: tomo III, «La cuestión vasconce», IV, «La crisis actual del patriotismo español»; VI, «El individualismo español»; VII, «Más sobre la crisis del patriotismo».
- Urdes, F. — «La evolución de la filosofía en España». Barc. R. B.
- Vilar, P. — «Espagne et Catalogne», (inédito), «Histoire d'Espagne».
- Villar, M. — «El anarquismo en la revolución de Asturias».
- William C. Askem. — «Italian intervention in Spain».
- Xifiguera, R. — «La represión contra los obreros de Cataluña». Paris.
- Zulueta, Luis. — «Ideario Español». Mad. Nue.

triunfa entre septiembre de 1936 y mayo de 1937, era viable para su momento, como también pudo haberlo sido la anterior del «poder revolucionario», de contar con la cooperación y el apoyo de los militantes de todas las grandes tendencias revolucionarias.

Pero el stalinismo ruso hizo imposible la perduración de esta revolución social española que muchos observadores reputaron más prometedora que la misma Revolución Rusa de 1917.

Desde noviembre contribuyeron eficazmente a la defensa de Madrid voluntarios extranjeros, en buena parte reclutados por los partidos comunistas europeos. México primero, y después la URSS contribuyeron con armamentos y técnicos a contrarrestar las ofensivas militares fascistas, mientras las «democracias occidentales» paralizadas por la quinta columna y el quinglismo, que afloraban públicamente pocos meses más tarde, declaraban la «no-intervención». Dependiendo entonces militarmente de la ayuda rusa la República española debió aceptar progresivamente sus dictados políticos. A fines de 1936 José Stalin se dirige por carta a Largo Caballero definiendo una política interna para España que significa el abandono de las conquistas revolucionarias, auspiciando a la mediana y pequeña burguesía, los inversores extranjeros y los partidos republicanos que los representan.

Este programa termidoriano, cuya propaganda y defensa ocupará al partido comunista español, lleva al confuso episodio de mayo de 1937 en que se combate en la retaguardia republicana, incluso con barricadas. Millares de militantes revolucionarios son asesinados o desaparecen, mientras cae el gabinete Largo Caballero, sustituido por líderes socialistas de derechas aliados con el comunismo. El nuevo gobierno utiliza la fuerza pública para asegurarse el control de la UGT y del PSOE, hace un proceso al POUM y crea un aparato represivo para destruir la obra revolucionaria.

El gobierno republicano, ahora revitalizado por el aporte de los sectores moderados o anti-revolucionarios, se orienta en el sentido de anular las libertades locales de vascos y catalanes, los poderes proletarios revolucionarios, y controlar la opinión pública de la retaguardia. En España se ensaya la fórmula de las «democracias populares» de Europa Oriental en la reciente post-guerra.

La guerra por «la defensa nacional frente a la agresión extranjera», es ahora la divisa de las fuerzas políticas dominantes.

Estas soluciones fueron impuestas sobre la base de una

incontrastable fuerza militar superior en mandos de los efectivos oficialistas, aunque reducidos mejor armados y municionados. También influyó la desesperación de muchos antitascistas que, ante el avance constante de las fuerzas fascistas, estaban dispuestos a aceptar un «gobierno fuerte», de tipo jacobino, que organizara fuertemente el país y fuese capaz de dar triunfal batalla a la agresión italo-alemana.

Los acontecimientos de la historia militar muestran que en España «se ensayó» la guerra total, que caracterizaría la contienda mundial de 1939-1946. La Luftwaffe alemana utilizó la localidad vasca de Guernica como «banco de ensayo» de sus nuevos aviones Stukas; la población de Madrid resistió la guerra psicológica como pocos meses más tarde hará Londres; la batalla de Bilbao es «una batalla de material» y en el episodio de Brunete luchan 100.000 hombres, alcanzando las bajas aproximadamente a 30.000.

La más reciente documentación permite comprobar que la Legión Condor (alemana), tenía órdenes de Hitler de bombardear Marsella y Burdeos desde sus bases españolas de iniciarse la guerra mundial antes de marzo de 1939. Los franceses — que muy tardamente comprendieron la gravedad que estos hechos tenían para su misma seguridad — proveieron material de guerra para la batalla del Ebro a fines del 38, e Inglaterra obtuvo de Italia el retiro de su flota de submarinos piratas en la costa española republicana.

Mussolini esperará el triunfo de Franco para iniciar su invasión de Albania y Hitler para entrar en Praga.

Es comprensible entonces que los españoles republicanos procuraran resistir hasta lo último en la esperanza de empalmar su guerra civil con la guerra mundial antifascista que se sabía inminente. Pero como la guerra española significaba, aparte de ser un episodio de la guerra española, una auténtica revolución social, los dirigentes de la burguesía occidental dejaron desangrar a España en 1936-1939 y después en 1945 no tomaron efectivas medidas para devolverle su libertad.

Vencedor el fascismo en España realizó una de las represiones de «terror blanco» más sangrientas que se conocen en la historia, y que dura hasta nuestros días. Unos 300.000 españoles republicanos debieron exiliarse en Francia, y entre ellos destacados intelectuales, los profesores de las Universidades, científicos, técnicos, en una palabra, los estratos ocupacionales más valiosos del país.

España — derrotada una vez más en su esperanza revolucionaria — vuelve a caer en un régimen medioeval, in-

- Petrals, J.* — «La C.N.T. en la Revolución española». *Perez, N.* — «La constitución española». Madrid, Re. *Pestaña, A.* — «Sindicalismo», «¿Debe disolverse el partido sindicalista?»
- Picard-Moch, —* «L'Espagne républicaine». Par. Rie. *Péru, J.* — «De la fábrica de vidrio de Mataró al ministerio de Industria», «Perill a la reaguardía». Mataró, Lib. *Pia, J.* — «Historia de la segunda República». Barc. Des. *Pou B. y Magriñá, —* «Un año de conspiración». *Prut de la Riba, —* «Doctrina Popular y la nacionalidad catalana». Barcelona.
- Posada, Adolfo, —* «La crisis del Estado y el derecho político. Madrid. — «La nouvelle constitution espagnole». Paris. *Pi y Margall, —* «Las nacionalidades». Bs. Amer. — «La reacción y la revolución». Madrid.
- Prats, Alardo, —* «La Generalidad de Cataluña en el banquillo». Madrid. — «Vanguardia y reaguardía de Aragón». Montev. *Portela, Arturo, —* «En las trincheras de España». Cádiz, Cer. *Prieto, H. —* «El anarquismo en la política». Paris. — «Marxismo y socialismo». Paris.
- Prieto, I. —* «Cómo y por qué salió del ministerio de Defensa». México.
- Primo de Rivera, J. A. —* «Obras completas». Madrid. *Rabassare, H. —* «Espagne, creuset politique». Par. Fus. *Ramos Olivera, A. —* «La revolución española de octubre». *Renouard, Y. —* «La notion de génération en histoire». Paris. *Ribard, A. —* «L'Espagne». Par.
- Rieger, Mar. —* «Espionage en Espagne». Par. Den. *Risco, V. —* «El problema político de Galicia». Par. Den. *Rojó, V. —* «España heroica». Bs. As. Amer. *Romanoes, —* «El ejército y la política». Madrid. *Rotunda, —* «L'Espagne teste y restera espagnole». *Roura y Virgili, A. —* «El nacionalismo catalán». Bar. Min. — «Catalunya i la República». Barc. Cat.
- Rocker, R. —* «Nacionalismo y cultura». Bs. As. Im. — «El socialismo y el Estado». Paris. «Solh». *Royo Villanova, —* «La descentralización y el regionalismo en España». Zar. Re. Nac.
- Ruiz Vilaplana, —* «Sous la foi du serment» («Doy fe»). Paris, Fto. *Sanchez Albornoz, C. —* «Orígenes del feudalismo». Mend. «España y el Islam». Bs. As. Em.
- Sanchez Agesta, L. —* «En torno al concepto de España. Madrid. At. *Santillán, D. A. —* «Por qué perdimos la guerra». Bs. As. Im. — «La revolución y la guerra en España».
- Sarraih, —* «El problema español». Cahiers du Cercle Descartes. 4. Par.
- Serrano Serrano, —* «El fuero del trabajo». Vall. *Serrano Suñer, R. —* «Entre Hendaya y Gibraltar». Madrid. Pub. *Stieber, —* «Espagne contre Espagne». Genève, Jeh. *Schulz-Wilmersdorf, B. A. —* «Spanien: Politiken und generale». Berlin, H.
- Soto de Cangoiti, J. —* «Relaciones de la Iglesia católica y el Estado español». Madrid.

- López Silveira. — «Las guerrillas en España». Montevideo. P.U.
 Lorenzo, Anselmo. — «El proletariado militante». Méx. Vértice.
 Llorente, Aniceto. — «El federalismo integral». Tortosa. Marellus.
 Madariaga, Salvador de. — «España. Ensayo de historia contemporánea». Bs. As. — «Anglais, Français, Espagnols. Gallimard.
 Madrid, Francisco. — «Constitución Agraria de España». «Las últimas horas de Francisco Layret». Bs. As. — «Companys de Ossorio y Gallardo». Bs. As. Losada.
 Malaparte. — «Primo de Rivera y Pilsudski».
 Marañón, G. — «Liberalismo y comunismo». O.Y.P.R.E. Montevideo.
 Marcotte, V. A. — «L'Espagne nationale syndicaliste». Bruselas.
 Marion, J. Neubigin. — «Europa del sur». «Geografía económica y regional de los países del Mediterráneo». Barc. Omega.
 Martín Echevarría. — «Geografía de España». Barc. Labor.
 Marty, A. — «Douze mois sublimes», «En Espagne on se joue le destin de la liberté et de la paix», «L'Espagne, bastion avancé». Paris.
 Malraux, A. — «L'espoir». Paris. NRF.
 Marvaud, A. — «L'Espagne au XX siècle», «La question sociale en Espagne. Paris. Alcan.
 Maurice Legendre. — «Nouvelle histoire d'Espagne». Paris. Hachette.
 Maurin. — «Révolution et contre-révolution en Espagne». Paris. Rieder.
 Mella, R. — «Obras completas». Gijón. La Victoria.
 Méndez Calzada, Luis. — «Joquin Costa, precursor doctrinario de la República española». Bs. As. PHAC.
 Menéndez y Pelayo, Marcelino. — «Historia de los heterodoxos españoles. Mad. Maroto.
 Menéndez y Pidal. — «La España del Cid». Espasa Bs. As.
 Mirambilles, J. — «Crítica del 6 de octubre».
 Mirkin-Guetz-evitch. — «L'Espagne». Paris. Delgrave.
 Mola, Emilio. — «El pasado, Azaña, el porvenir». Madrid. Bergua.
 Montseny, F. — «Mi experiencia en el ministerio de Sanidad».
 Netlau, Max. — «M. Bakunin, la Internacional y la alianza en España». Bs. As. — «La protesta». «Documentos inéditos sobre la Internacional y la alianza en España». Idem. — «Socialismo autoritario y socialismo libertario»
 Nin, A. — «Les problèmes de la révolution espagnole».
 Oltra Pico, J. — «El POUM y la colectivización». Barc.
 Orobon Fernández. — «La C.N.T. y la revolución». Mad. Libertarias.
 Ortega y Gasset. — «Meditaciones del Quijote», «Vieja y nueva política», «España invertida», «La rebelión de las masas».
 Orwell, George. — «Omaggio alla Catalogna».
 Otero, Pedro, R. — «Historia de la cultura gallega». Bs. As. Emecé.
 Oyarzun. — «Del manifiesto del pretendiente Alfonso Carlos».
 Pabón, J. — «Cambó», Mad. Alf.
 Pabón, y Lessafré. — «Le problème national de la Catalogne et sa solution par le statut de 1932. Mont. Ma-LA.
 Palacios Solano. — «Revolución de octubre».
 Pascasio. — «Analisi della Spagna». Roma.
 Paris Equitez, H. — «El Estado y la economía». Madrid. Fe.

creiblemente arcaico, entregada a la Iglesia, explotada por el latifundismo ausentista y rutinario, y gobernada en forma dictatorial por los militares profesionales.

Así el problema español sigue en pie, y espera — como en 1808 y en 1930 — ser resuelto.

Referencia bibliográfica sobre la Historia de España que el profesor Carlos M. Rama nos ofrece en su interesante libro:
 «La crisis española del siglo XX», (de reciente aparición)

- Aguado, Emiliano. — «Ramiro Ledesma en la crisis de España». Madrid. (Programa de la JONS).
 Aguirre, J. A. — «Entre la libertad y la revolución». Bilb. Verd.
 Alamo, Juan del. — «Gibraltar ante la historia de España». Madrid, S. O.
 Albornoz, Alvaro de. — «El gobierno de los caudillos militares». Madrid.
 Alcalá Zamora. — «Régimen político y de convivencia en España». Altamira, R. — «Historia de España». Bs. As. Suda. «Historia de la propiedad comunal», «Los elementos de la civilización y del carácter español». Bs. As. Los., «Sicología del pueblo español». Barc. Miner., «Problemas urgentes de la enseñanza». Madrid.
 Ansaldo, Juan A. — «¿Para qué?». Bs. As.
 Aranzadi. — «Índice progresivo de legislación de los años 30 a 49. Pamp.
 Araquistain. — «España ante la idea sociológica del Estado». Paris.
 Aristimuno, J. de. — «La democracia en Euzkadi». Bs. As. Ek.
 Asensio, José. — «La rebelión militar y el pueblo en armas», «Nuestra España».
 A. V. — «Lessons of the spanish revolution». Londres.
 Ayala, F. — «Ensayo sobre liberalismo». México.
 Azara, Manuel. — «La velada de Benicarló». Bs. As. Los., «Mi rebelión en Barcelona». Mad. Calp., «Discursos en campo abierto». Madrid. E. C.
 Barea, Arturo. — «La ruta». Bs. As. Los. «La forja de un rebelde».
 Barthe, Andrés. — «Las grandes propiedades rústicas en España». Madrid.
 Benavides, M. — «La escuadra la mandan los cabos».
 Beneyto Pérez, Juan. — «El nuevo Estado esaño». Cádiz. Bib.
 Bernaldo de Quirós, Carlos. — «El espartaquismo agrario andaluz». Madrid.
 Bernanos, G. — «Les grands cimetières sous la lune». Paris. Plon.
 Berneri, Camilo. — «Entre la revolución y las trincheras». Paris.
 Bloch, J. R. — «Espagne, Espagne». Paris.
 Borhenau, Franz. — «The spanish copit. Londres.
 Bosch Gimpera, P. — «La formación de los pueblos de España». Méx. Imp. Univ.
 Braslach y Baedeché. — «Histoire de la guerre d'Espagne. Paris. Plon.

- Bruce Martínez, F. — «Historia de la Falange Española y de la JONS». Mad.
- Buenacasa, Manuel. — «El Movimiento obrero español». Barcelona. Costa. «La C.N.T., los treinta y la F.A.I.». Barcelona. Alta.
- Cambó, Francisco. — «Discursos parlamentarios». Barcelona.
- Camp, A. — «L'Espagne libre».
- Canals, Salvador. — «Los sucesos de España en 1909». Mad. Alem.
- Carpedqui, Ots. — «Estudios de historia del Derecho español en las Indias». Bogotá.
- Cartón, Pascual. — «Los latifundios en España». Mad. G. R.
- Castro, Américo. — «España en su historia». Bs. Ae. Losada.
- Civera, María. — «El sindicalismo». Valencia. P. Qu.
- Codoulla, V. — «Pepe Díaz, líder de la era stalinista». Montevideo.
- Cornes, Simone. — «L'organisation corporative de l'industrie en Espagne». Paris. Chapuy.
- Costa, J. — «El colectivismo agrario en España», «Oligarquía y caciquismo». Mad. Fontanet.
- Chalmers, sir Peter. — «My house in Málaga». Londres.
- D'Ascoli, Carlos. — «La constitución española de 1931». Paris. Bossuet.
- D'Atoli, August. — «Projecteurs sur l'Espagne». Paris. Cancel.
- Davy, G. — «Éléments de sociologie». Paris. Vrin.
- Del Arco y Garry, Ricardo. — «La idea del imperio en la política y la literatura esp.». Mad. Esp. Calp.
- Díaz del Corral. — «El liberalismo español». Mad., Ins. Est. Pol.
- Díaz del Moral, Juan. — «Historia de las agitaciones campesinas andaluzas». Mad.
- Díaz, José. — «Tres años de lucha».
- Dimitroff. — «Deux années de lutttes heroiques du peuple espagnol». Paris.
- Bolleans, Ed. — «Histoire du Mouvement ouvrier».
- Domingo, Marcelino. — «La revolución de octubre». Mad.
- Dos Passos, John. — «Hombre joven a la deriva». Bs. As. Suda.
- Elorduy, Eleuterio. — «La idea del imperio en el pensamiento español». Mad. Esp. Calp.
- Fabré L. — «Dictadura y revolución». Barc. ETVL. «Gil anarcho e la revolución española». Ginebra.
- Fernández Almágro, Melchor. — «Historia del reinado de Alfonso XIII». Barc. «Histoire de la révolution nationale espagnole». Paris.
- Fernández Cuevas, Valentin. — «La gesta del Alto de León». Madrids. P. E.
- Ferrándiz Aboriz. — «La bestia contra España». Montevideo.
- Fischler, Luis. — «La guerre en Espagne». Paris. Etrole.
- Florence, Yves. — «Mes Espagnes». Paris. Gallimard.
- From Zrich. — «El miedo de la libertad». Bs. As.
- Friedel, V. H. — «Traitement des instituteurs et des institutrices à l'étranger». Paris. Imp. Nationale.
- Galindez, J. de. — «El derecho vasco».
- Ganuel, P. «Epistolario», «Ideario», «Tempête sur l'Espagne».
- García Morante, J. — «Mi gestión al frente del ministerio de Justicia».
- García Veronm. — «Historia del nacionalismo vasco». Bs. As.

- Ekin. «La aportación vasca al Derecho Internacional». Idem.
- Gerdá Brenan. — «The spanish labyrinth». «An account of de social and political background of civil war». Cambridge. University Press. «The face of Spain». Londres. Yunsille.
- Giménez Solar, A. — «La Edad Media en la corona de Aragón». Barc. Labor.
- Giner de los Ríos, F. — «Estudios jurídicos y políticos». Madrid. Suárez.
- Galonet y Morales. — «Rojo y azul en Granada». Granada. Pre.
- Gonzalo de Reparaz. — «La constitución natural de España». Barcelona. «Política española en África». Barc. Menora. «Diario de Cortes. La tragedia ibérica». Bs. As. Ipeán.
- Gorria, J. — «Ombres politiques».
- Grandos, Mariano. — «España y las Españas». Méx. Alendros.
- Grignon, A. M. — «Filosofía de las revoluciones sociales». Montevideo.
- Guel, Bertrand. — «Caudillos, profetas y soldados». Barc. Juventud.
- Guillame, J. — «L'Internationale». Paris. Stich.
- Guzmán, Ed. de. — «Madrid rojo y negro». Barc. ETVL.
- Hernández, J. — «Yo fui ministro de Stalin». Méx. «Le développement de la révolution démocratique en Espagne».
- Hernández y Fernández, J. — «Cómo se vive en los pequeños pueblos». Guadiz.
- Ibertur, D. — «Articles et discours». Paris. E.S.
- Ins. Nac. de Estadística. — «El trabajo y la acción social en España». «Constitución agraria de España». (Decreto de expropiación de 15-9-32).
- Jackson, Gabrte. — «Joquin Costa et les problèmes de l'Espagne moderne». Toulouse (nérito).
- Jelinek. — «L'Etat moderne et son droit». Paris. Giard. «Traité de science politique». Paris. L. G. D. J.
- Jiménez Asúa, Luis. — «Espagne». Paris. Delagrave. — «Proceso histórico de la constitución de la República». Mad.
- Joquin Sánchez de Toca. — «Regionalismo, municipalismo y centralización». Madrid.
- Jobit, Pierre. — «Les éducateurs de l'Espagne». Paris. Bocard.
- Jover. — «Conciencia obrera y conciencia burguesa en la España contemporánea». Madrid. Ateneo.
- Jupin, René. — «La question agraire en Andalousie». Paris.
- Kastler, A. — «Testament espagnol». Paris. N.F.
- Klen, Julio. — «La meseta». Madrid.
- kamint, H. E. — «Ceux de Barcelone». Paris. Denoel.
- kari Marx. — «La révolution espagnole». Paris. Costes. t. VIII.
- «Oeuvres politiques». 1924-1930.
- kriststy. — «Yo fui jefe del servicio secreto militar soviético». Mad.
- Labrousse, Roger. — «Essai sur la philosophie politique de l'ancien-ne Espagne». Paris. Sirey.
- Largo Caballero. — «Discursos a los trabajadores». Mad. Graf. — «La U.G.T. y la guerra».
- Last, Jef. — «Lettres d'Espagne». Paris. Gallimard.
- Lerroux A. — «La pequeña historia». Bs. As. Címera.
- Leval, G. — «Ni Franco ni Stalin». Milán.
- López, J. — «Seis meses en el ministerio de comercio».

El pensamiento vivo de Han Ryner

Los ídolos principales de la actualidad son: en algunos países, el rey o el emperador; en otros, no sé qué fraude denominado voluntad del pueblo; y por todas partes, el orden, el partido político, la religión, la patria, la raza y el color; sin olvidar a la opinión pública con sus mil nombres, desde el más enfático llamado honor, hasta el más trivialmente bajo del qué dirán.

★

El color blanco es un ídolo peligroso que ha hecho de África un infierno, que ha destruido a los indios de América y que hace linchar a los negros.

★

Cuando el color blanco exige un crimen, llaman a ese crimen una necesidad de la civilización y del progreso.

★

Cuando la raza se alia con la religión es un ídolo de los más peligrosos.

★

Hoy el ídolo más exigente y más universalmente respetado es la patria.

★

Las exigencias particulares de la patria son el servicio militar y la guerra.

★

El individualismo no es la moral absoluta; es solamente el más fuerte método moral que conocemos, la más inexpugnable ciudadela de la virtud y de la felicidad.

★

Hay hombres a quien la austeridad aparente del individualismo inevitablemente asusta; éstos deben escoger otro método moral.

★

Si luego de un ensayo leal de individualismo se siente uno infeliz, presumiendo que uno no ha encontrado su verdadero refugio, y dice me compadezco o compadezco a los otros, debe dejar el individualismo.

★

De lo contrario, este método demasiado fuerte para nuestra debilidad, nos conduciría al egoísmo y al descorazonamiento.

★

Si se es demasiado débil para compenetrarse con el método individualista, deberé seguir al método altruista, al del amor o al de la piedad.

★

Todo ser moral respeta la vida de los otros hombres y ningún ser moral se preocupa de ganar riquezas materiales.

Yo pongo orden en mis pensamientos, para que el lector o el auditor puedan seguirme, pero no para que deban seguirme.

★

Yo trazo una ruta, pero hay ya otras rutas y se pueden construir hasta el infinito; quien por un momento haya penetrado en mi camino, no está obligado a seguirlo hasta el fin.

★

Siempre es prudente de tener los ojos abiertos, aun cuando se me da la mano.

★

La sabiduría es la risa.

★

El «Conócete a ti mismo» es bien anterior a Sócrates, que lo encontró esculpido en el frontispicio de algunos templos; pero nadie parece haberle dado antes que él toda la riqueza de su significación, toda su fuerza negadora y liberadora: «No te preocupes por los otros conocimientos».

★

La ciencia y la libertad son las dos grandes aspiraciones humanas.

★

Buscar en la metafísica la regla de la vida es pedir al espejismo el agua de que se está sediento.

★

Dios, yo no estoy seguro de tu existencia y, si tú erés, yo no sé lo que eres ni lo que quieres; pero ¿por qué tus intérpretes habrían de saber más que yo?

★

Obedecer es siempre fealdad y cobardía; que retrocedan, pues, las morales esclavistas y todos los servilismos.

★

La meditación valiente debe expulsar a todas las doctrinas de establo.

★

El servilismo no tiene ninguna justificación ante el sabio que no padece la cobardía de inclinarse ante los amos.

★

Amor y Sabiduría, fraternismo y subjetivismo; o si queréis nombres antiguos, cristianismo y estoicismo; o si os gustan mejor nombres de hombres, Jesús y Epicteto.

★

Jesús como Epicteto quieren que sea libre, independiente, despreciando los bienes exteriores y a los que los adoran, césares o ricos, con su turba lacayuna de sacerdotes, jueces, soldados, doctores, oradores y poetas.

Expulsa de ti las palabras extrañas; que enmudezcan en tu seno las afirmaciones de los partidos, las religiones positivas o los pensamientos de rebaño; que en ti callen la voz de tu país o de tu siglo, pues todo eso no eres tú.

★

Evádate de la prisión del hoy y de la prisión del aquí; pero no te encierres en ninguna patria de elección; tú no tienes más patria que tú mismo.

★

Considérate en el aspecto de la eternidad, al margen de toda época y fuera de todo lugar.

★

Lib'raros del frío de las cosas si queréis con un amor verdadero amar el calor de los corazones; cuando todo eso que el vulgo llama bienes os sea indiferente, venid a decirme que me amáis y os creeré.

★

A veces tengo la impresión de crear el camino que yo sigo, entre los arbustos espinosos y floridos del bosque que asciende; pero a menudo siento que otros hombres ya pasaron por allí y, en los troncos de los árboles, veo luego nombres grabados: Sócrates, Aristipo, Epicuro, Diógenes, Zenón y Epicteto.

★

Para subir hacia su propia luz, todo amigo de la sabiduría abre un sendero de zarzales y corolas que se obstruye detrás de cada andariego, y que sin embargo es el más glorioso de los caminos históricos.

★

Sólo se aprende de uno mismo y de las circunstancias de la propia vida: la experiencia directa es la verdadera educadora.

★

La felicidad del prójimo no puede ser obra de la violencia; por mucho que mi voz grite, no hará el prodigio de que los otros escuchen su voz interior.

★

Movido por la esperanza y la alegría de ayudar a los que quieren buscarse a sí mismos, me prometo de no injuriar con el absurdo pretexto de convencer al prójimo.

★

A mi alrededor apercibo las sonrisas heroicas de Zenón, Cleanto y Epicteto.

★

Nuestro esfuerzo útil es siempre interior y subjetivo.

★

Recomiendo a los hombres de buena voluntad la lectura asidua del «Manual de Epicteto», pues en él, mejor que en otros sitios, se encuentra la respuesta a nuestras inquietudes y a nuestras dudas.

★

La verdad, nube múltiple con las metamorfosis del capricho, el dogmático la ve como un sistema de bloques que sus manos pueden agarrar.

En no importa qué siglo o en no importa qué región vive el sabio, parece que siempre el perfume de la sabiduría emane de él.

★

Depende del manantial dar el agua que vivifica; lo que de ella hacen los hombres del llano ya no es de su incumbencia.

★

La moneda produce más males por sí sola que todos los torrentes que bajan de las montañas.

★

La muerte no puede cambiar el carácter de las cosas que hemos hecho en vida.

★

Yo no soy de los que se descubren ante los ataúdes.

★

Cuando hablo es para expresar mi pensamiento, no para atraer o evitar una respuesta.

★

No te preocupes del pensamiento de «dos otros», pues las opiniones comunes son la justificación ridícula de los movimientos del rebaño.

★

Un trabajo decente nunca se llama una carrera.

★

Las necesidades físicas solamente pueden ser satisfechas mediante un trabajo manual; ninguna obra intelectual producirá un grano de trigo.

Selección W. Muñoz

El Chipote (Chipote, en México, chichón). — ¿Me cedés una aparcería, ¿jemes de sembradura a tu lado, Chimuela, mi mariachi? ¿Guá que sí? Te pago con media gordita (tacuelo) caliente.

La Chimuela (mellada del buz). — No hago tianguis (mercado) con lo que no es mío. ¡Chipote, chipotle o cipote! ¡Chipotudo! Ahí tienes tu campico gratis, tu milpa. La Tierra es de Campsa géntibus. Chucho el roto nos abandonó gentil a la po-braina los muladares en Belén.

Chip. — No seas vaquiburra. ¿También te emboquillaron a ti como to-ficos (caramelos) el pacaje de postas eclesiástico? Las vírgenes coronadas, resplandecientes de muselinas no pa-ren en pesebres. En la establiza no hay más que deposiciones de pollinos: bollos y buñolería, en que mi los alados de canalera acuden al picotón, como hacen con los del libre tránsito de la itineraria.

Chim. — Al respectivo de piquetes y el Picón. Diez agujas de radio me hurgonean a mi ahorritita en cada uña ociosa.

Chip. — Pues acciónalas. Clávase-las en los ojos al ter. banquero de la banqueta, con quien no hagas pa-choca. Nos asesina esta noche puñalera. Ni con acondicionamiento de cotillas se puede contar. Por hambre, los fumadores se las embañan, des-pués de mascarlas como chicle. El dalle de la luna afeitada. Si quisiera un alma de Dios sacarme charol a los dientes con un beso de trompita...

Chim. — ¿Retortijoteano; no, ca-riño? Impelente-repelente y, ripollen-se o propulsional a chorro? Pero ¡para bombar ciénagas petro quími-cas estamos, hijo de Santa María y su ribera! ¡Y para extemporáneos leperales escalientos! ¡Con un recuelo o cazabe que se cena!

Chip. — ¿No le echaste las galgas a algún 4 de conejo, a algún alerón de zopilote de los restauramientos del «86»? ¿Ni raspa de sardinetas se apio-la, mi estufa?

Chim. — Ni clavo. Negra como ob-sidiana perspiro. El pinche de co-quís, con quien en mutuidad nos so-corremos, me hizo moros; se picureó, se peló, el muy guaje. Me ha hecho el salto con la Musquí, una oji-hen-dida arrastrada, con un belfo como un samovar. Pero, en esa chocola-tera, capota el bizcocho a nubes. Ade-más, los restaurantes chiquis, no chan-cas, venden las sobras de los menús para perros-policias de bodega a los almaceneros; y para engorde del cer-docio a la escasa ceba de viudonas desesperadas.

Chip. — El cristo desnudo del calle-jerto en cruz, cada día se vuelve más criminal. Es muy democrata: predi-ca, pero no se sindicaba.

PELADANES

Retando al nuevo ángel
de la noche de invierno,
en un quicio del Portal
de Mercaderes

Chim. — Desde que mal nací, me apedrea hereje esa guña. Nado aho-gada, a medio sobreaguar, en el cha-popote edilicio. Me revuelven las ma-dres del vinagre los alguacilazgos.

Chip. — Se comprende. El patear loseta no es ningún servicio descen-tralizado, con que te puedas caramelar el pringue, como en los que por ahí nos lo ahúman. ¿Qué le pareciera a la mitra, si los sin un tostón, le diésemos el ídem de centralizarnos y hacer pella para ir a la bola, y de una vez y para siempre desaterirnos y desentelerirnos? Ahora mismo me puedo alquilar para refrige. ¿Quién presta presión y calorías a mi deso-lada paila, vacuoma de desenfriol? ¿Quién nos vitamina, san Hacedor del baño?

Chim. — ¡Qué atropellaplato y eufemio está el amanecer! Va a la cargada volado, como un Flecha Ra-ja. Hacen sus lllantas al peatón pas-tis. Nos brea a cadenasos.

Chip. — En una «suite» del hotel Emperador no chirimian así los san-grones que lo hediondan. ¿No se ha de parchar y desponchar uno, si lo hemorroidea la ruta?

Chim. — Pero, si aun no dan en el los gines las perladitas 3 matuteras. Y ya viene la requincalla de pelliz, tocando a misa. Oye, tú. No te pro-pases con peladeces. Te desintegras; o de un punteón, te mando al atio de la Confesa, con las beatas de la limosna.

Chip. — No te me enjaqueres, cu-naguara. Es que en la sobretarde, me colé por el techo en un cine de las colonias prolezoarias, y me he cosido de pulgas, que no me dejan tartir.

Chim. — ¿Pulgoncico trajelas, mi amor? Estarán de plata los púluos Sobrenútrelos, que han de proveerte de un caviar del Volga celestaire para enchiladas. Repito que no te me acohetes, que atortugas como el ci-clón Elsa.

Chip. — Los de la Redonda, le hemos salido al Creador «reondos»; en cuanto a rádares, retroimpulsivos, ventoleros y mulengues.

Chim. — Pues las de Bonjodito tampoco gansean en la carlinga.

Chip. — Conozco el olán o percal. Sois flacas como alambón, pero apre-táis como mecates. Bajo la parrilla

os burbujea un cocedero de despojo, un tanque de benzol.

Chim. — Las hay gamo-reofóricas; de electrónica relojería; de membra-na fotofluorescente. ¿Aun pichin-chas? ¿Qué excavonas?

Chip. — Nada. El gato galo, que maulla va a poner las baterías en posición, porque a la plaza enemiga se le arrufó la borra del sobrelabio.

Chim. — La casa de la Troya cos-tó 10 años tomarla. Y no hay poli-técnico que no pretenda siflarse el venter cubens del Ixtacihualt (la rorra traspuesta) como un pocillo de chocomilk.

Chip. — Por lo resuave, eres un Milo.

Chim. — Y tú un mirlo por lo can-tarranas; y las intenciones Pascua-ches u obscuras, que embutiflinflan tu buche.

Chip. — No rehila tampoco tu pi-quin con desafino, flor de maicena chulibrechada.

Chim. — ¡Estás tú mal reitán!

Chip. — ¡Reitana! Eche el Cor-pus pecho al balcón, que yo lo re-cojo con una ranchera charreada, de alarido.

Chim. — De mugido querrás decir. ¡Aidiós, Lucho Reyes! Tú lo que quie-res es dormir las guardias del cas-tillo y minarte un excelsior hacia Pe-rote por la poterna. ¡Te guipo, cu-nao!

Chip. — Pero ¿no despego solo y sin banderín para la yonosfera?

Chim. — ¡Ah, mañoso, fulaire! ¡Prietusco clegatista!

Chip. — ¡Coyota!

Chim. — ¡Qué «piolet» te traes por nariz!

Chip. — ¿Hinca perhínca?

Chim. — Rechicha, regacha.

Chip. — Cuando os ponéis sabro-sas, échais la iglesia encima del cam-panario. Enrolláis como croqueta, co-mo chalupa el infinito de la sabana orinoca.

Chim. — Lisadas como torta de papa y tortilla de frijol, que los 7 sacramentos nos tienen. ¡Y para la roto-traslación; que te hacen savo-neta!

Chip. — ¡Rollona! ¡Roldana! ¿No te sabe la huella a canelito, reven-tante y todo como es?

Chim. — ¡A mil moles! Sola ¿cómo se amaña una Mecapaletadnos, te-rragueros. A ver si le fundimos al coro seráfico la malicia. Y confun-dimos a Teotrasto, a Zorrapastro y a doña Pomposa kioskada del demon, que no nos dan para taparnos el pos-tigo en esta intemperie otro poncho y ruana, que tiras de cartelera de mitin y pingos de periódico ratonero; arrancados ambos pasteques a la va-lla de un inguilinato en construcción. Enero del sexaginta. México.

Angel SAMBLANCAT

La revista «La Torre» de la Universidad de Puerto Rico, ha publicado — seleccionadas y comentadas por Ricardo Gullón — las cartas de Antonio Machado a Juan Ramón Jiménez. Se pretende exaltar, con ello, la estimación literaria y humana del autor de «Campos de Castilla» hacia el autor de «Animal de fondo». Sin embargo, esta selección de cartas, interesantísimas sin duda, no acaban de perfilar exactamente las relaciones que existieron entre los dos grandes poetas. No fué ésta una amistad sin tropiezos, una estimación sin altibajos. Grandes los dos, buceadores de lo recóndito, artífice de una obra purísima, había en sus mundos divergentes caminos, creos estéticos diferentes para la consecución de un fin común: la obra perdurable. Haría falta, para poner en su punto esta amistad que ya es historia literaria, conocer el epistolario completo, las respuestas de Juan Ramón sobre todo, y, más aún, las cartas escritas a partir de 1915, fecha en que la clara amistad comienza a ser minada por celos más o menos justificados.

Se conocieron hacia 1902. Antonio venía de París y traía un sedimento verlainiano y espeso y un sentido generoso y amplio de la vida. Juan Ramón — veintidós años, barba incipiente, — venía de Moguer, de su casa de mármoles, y traía ya el tremendo empeño de perfección que había de presidir toda su existencia. Los unió la aventura de «Helios», una revista «seria y fina, algo como el «Mercure de France»; un tomo mensual de 150 páginas, muy bien editado». Formaba la trinca lírica, aparte de ellos dos, Manuel Machado, Martínez Sierra, Salvador Rueda, Rusiñol, «Azorín» — todavía Martínez Ruiz —, Pérez de Ayala, Benavente, González Blanco y otros. El más joven era Juan Ramón, pero por esas fechas daba a las imprentas su cuarto libro. Los Machado, mayores que él, darán su obra después que el moguereno. Manuel publica su primer libro en 1903, coincidiendo con el cuarto de Juan Ramón; Antonio, un año después.

La amistad comienza con buenos augurios: lecturas de los poetas franceses, pasión rubeniana y paseatas interminables por el parque del Sanatorio del Rosario donde Juan Ramón vivía «retraído», mitaí como muchacho pudiente dado a soledades y silencios agudos. La revista la capitaneaba él y allí, en sus habitaciones, del sanatorio — alcoba y saloncito — se seleccionaban los trabajos, se corregían pruebas y se soñaban imposibles líricos. Juan Ramón estaba encantado con aquel poeta sensible, concentrado e inefable. Antonio veía en Juan Ramón el «paladín» del futuro poético de España. La aparición de «Arias tristes» confirmó sus esperanzas. ¡Admirable! exclamó Machado. Admirable era «la palabra alta de la época». Admirable, hasta entonces, no habían sido para ellos más que Verlaine, Rubén y muy pocos más. Y aquel libro era ¡admirable!, con admiración y todo. Gran triunfo para el benjamín del grupo. Desde entonces fué Juan Ramón para Machado, a pesar de su juventud, su mejor confidente en materia lírica, su consejero mayor. Mientras Antonio viajaba o tenía que resolver problemas familiares o económicos, Juan Ramón echaba su ancla melancólica en más firmes y refinadas orillas: Sanatorio del Rosario con estatuas ciegas; casa del doctor Simarro, con biblioteca confortable; Moguer, de calles espejeantes bajo el sol; otra vez Madrid, Residencia de Estudiantes, colina de los chopos cortada por el canallito... Don Antonio iba y venía, con su «francés cludicante», en trenes de tercera, trenes polvorientos; o vivía en Soria en pensiones baratas, o bajaba a Baeza, o se detenía en su casa de Madrid, «segundo piso de un gran caserón viejo y destartado, con un gran patio lóbrego, donde el sol se perdía y el frío del invierno se encontraba de pronto».

Honor a dos

Juan Ramón Jiménez

La aparición de «Arias tristes» es un suceso lírico. Don Antonio escribe al poeta retraído: «Su libro de usted es sencillamente «admirable». Con el alma que usted ha puesto en sus «Arias tristes» se hubieran llenado infinitos volúmenes de inmortales». Poco después, en otra carta, escribe Machado: «Tiene usted razón: mis versos asonantados tienen cierto color y fuerza de consonante como sus versos de usted aconsonantados suenan lo mismo que sus romances. Usted ha dado con la forma de su poesía y yo creo que también.» Y añade: «¡Qué bellísimas son las «Arias tristes»! He de hacer todavía algo más extenso sobre ese libro. Creo que todavía ninguno hemos dicho lo que hay en él.» Por entonces publica un artículo sobre los versos juanramonianos en «El País» y le envía a su autor un poema, inspirado en las páginas de «Arias tristes», que comienza:

*Era una noche del mes
de mayo, azul y serena...*

En «Jardines lejanos» coloca Juan Ramón el nombre de Antonio Machado en la lista de sus poetas preferidos. El poeta de «Soledades» le escribe, emocionado: «Gracias mil por su dedicatoria y por haberme incluido entre sus poetas favoritos. Mucha gloria es para mí: demasiada. Debo confesarle, no obstante, que el sacrificio que usted comete al colocarme al lado de Jorge me halaga en extremo.» Y, más adelante: «Su libro es sencillamente «admirable»... Una tan fina sensibilidad como la de usted no existe, creo yo, entre poetas castellanos; tal dulzura de ritmo y delicadeza para las armonías apagadas, tampoco... Usted continúa a Bécquer, el primer renovador del ritmo interno de la poesía española, y le supera en suavidad.» La palabra «admirable» sigue siendo para Machado la expresión más exacta de los valores poéticos juanramonianos. De «Poemas mágicos y dolientes» dice, en carta del 8 de febrero de 1912: «Sus poemas son «ad-

desterrados

y Antonio Machado

por Francisco GARFIAS

mirables» y por ellos veo que su lira se enriquece con nuevas cuerdas como un árbol con ramas nuevas...

Desde estas fechas se tutearán. La amistad ha entrado en una fase más entrañable. Don Antonio sigue confiando en su amigo como en el mejor consejero: «Mira tú — le dice en carta de 1912 — si el verso «¡oh huerto! ¡oh casa!», etc., no estaría mejor «¡oh huerto! ¡oh casa!», siguiendo al maestro fray Luis (¡oh monte! ¡oh fuente! ¡oh río!) prefiriendo el ¡oh! afectivo al ¡oh! admirativo. Son detalles que tienen su importancia. Si la publicas, te ruego que me corrijas las pruebas...»

¿Pero qué contestaba Juan Ramón a estas cariñosas, íntimas, confiadas epístolas? He aquí lo que falta en el bello epistolario publicado por la Universidad de Puerto Rico. Las cartas del autor de «Platero» se perderían, como tantas cosas, en el último, trágico viaje de don Antonio hacia la muerte. Sin embargo, entre los papeles de Juan Ramón hemos encontrado algunos borradores de interesantísimas cartas, algunas de ellas dirigidas al autor de «Campos de Castilla». Desde Moguer, en una época de alejamiento y desgana de todo, escribe: «Queridísimo Antonio: No ha habido tardanza en el envío de mis libros. La edición, en pequeña velocidad, llegó hace unos veinte días; en Madrid se puso a la venta antes de recibir yo mis ejemplares. Yo estoy bien aquí. No es que sienta nostalgia de la vida literaria de Madrid, que bien sabes que nunca la he hecho, pero aquí me faltan ciertos elementos de arte de los que no puedo prescindir: la música — conciertos —, ciertos aspectos de suntuosidad y jardín... Desde lejos, aunque parezca paradójico, se sabe, en cambio, más de todo. Y nos comprendemos mejor, y es menos literaria nuestra poesía. Y sobre todo, ¡qué bien se ven y qué sucias parecen las pequeñeces de compañeros nuestros! Madrid, desde aquí, me hace el efecto de una gusanera. Yo, en

cambio, aquí me siento limpio, sueño alto, toco el mismo cielo con las manos. No me extraña lo que me dices de la casa «Renacimiento»; con «Pastorales» me pasó lo mismo. Sin duda Gregorio tiene en más hoy — ¡qué pena! — a X y a X, que tanto están desbarrando, que a ti y a mí. Antonio, ¿tú has sentido alguna vez el anhelo de la popularidad? Yo cada vez lo comprendo menos. Deploro — tú sabes cuánto — la enfermedad de tu mujer, y deseo vivamente su salud y tu alegría. Me dices que no me olvidas. Bien sabes que a mí me sucede lo mismo. Podrán olvidarse los que se pasan la vida en la balanza. Nosotros, los honrados, los nobles, los verdaderos, no podemos olvidar nunca. Te abraza J. R.»

Tres cartas más de esta época han aparecido entre los papeles íntimos de nuestro premio Nobel. El poeta da cuenta a su amigo de sus luchas, vacilaciones y apartamientos súbitos. La última de esta época lleva el ruego de que Antonio recomiende a un amigo en unas oposiciones: «Ortega y Gasset, «Azorín», Valle-Inclán, Zulueta, Bello y yo te rogamos que escribas sin pérdida de tiempo a dicho señor recomendándole a Alomar.» Y en la postdata: «Estuve la otra noche en tu casa y te habías ido ya. Te dejé mi «retrato». Mándame el tuyo. La perfección de la forma artístico no está en la exaltación, sino en su desaparición; no en hacer una prosa mala o desaliñada, sino en hacerla tan buena que parezca que no existe.

La publicación de «Estío» trae a la amistad serena alguna nubecilla. Juan Ramón se ha propuesto comenzar una nueva etapa más misteriosa y exigente, y se va reduciendo poco a poco a un puro, gozoso anhelo de eternidad. Lo que él cree un acercamiento a la Belleza, como en un rito religioso o fatal, no es apreciado de una manera justa por su amigo, que en una ocasión se lamenta de este cambio lírico de Juan Ramón hacia nieblas inminentes y laberínticas. Al poeta de Moguer le duele aquella incompreensión inesperada en un espíritu tan señero y ardiente. Y comienza el alejamiento. Aquella amistad, tan cruzada de poemas y dedicatorias efusivas, parece venirse abajo. Juan Ramón, dolorido, moroso, receloso ya, comenta que Antonio se va saliendo de sus espejos y galerías «para cantar los campos de Castilla con descripción excesiva, anécdota constante y verbo casticiero», o tal vez para pasar «de la inmensa minoría a la castuoria inmensa». La brecha estaba abierta, y Juan Ramón, ya cerrado y aislado por cuatro muros de belleza propia y chorreante, no perdonaba fácilmente. Don Antonio intenta rectificar, y en 1924 le envía sus «Nuevas canciones» amablemente dedicadas. Juan Ramón le escribe a vuelta de correo: «Te agradezco mucho el ejemplar de lujo que me mandas de tus «Nuevas canciones», valorado por los manuscritos de las poesías olvidadas de imprimir en él, y tu dedicatoria, pero razones superiores me obligan a no cometer contigo la falta de aceptarlo, y te lo devuelvo, rogándote que me dispenses. Tu antiguo amigo, J. R. J.»

Caminos distintos andarían después los dos grandes poetas: aferrado a la tradición, soleado y tranquilo, el de Machado; íntimo, introvertido, desasossegado, el de Juan Ramón. Pero entre los dos siempre, como un perfume que era más que un recuerdo, la disimulada y creciente admiración. Antonio ironiza sobre la excesiva pureza juanramoniana mientras permanece en su credo; Juan Ramón avanza por sus secretas galerías, insatisfecho siempre, buscando en el cambio de postura estética su propia verdad iluminada. Pero Antonio, en sus últimos días, le llamará «nuestro gran lírico» y «claro timbre español». Y Juan Ramón dirá de Machado que es «fénix lírico del espíritu, volador mágico de lo encantado». Sobre la amistad rota revolaba como una mariposa el sentimiento verdadero de la mejor poesía de España.

PAGINAS SELECTAS

Una conferencia de Felipe Alaiz sobre integralismo

COMPANERAS Y COMPANEROS:

COMPANERAS Y COMPANEROS: Yo mismo me siento asombrado por mi atrevimiento de orador después de mi fama de enemigo, casi de apisonadora de los oradores. Huyendo sin embargo de la exageración, hemos de convenir en que el arte de hablar, como el arte de escuchar, no son tan catastróficos cuando se lleva a cabo racionalmente. El mismo orador es muchas veces responsable de que el público no sepa escucharle. Si no sois capaces de escucharme esta noche, será sin duda alguna por culpa mía, por no haber conseguido despertar vuestro interés y mantener vuestra atención. El público es también responsable de la plaga de malos oradores. A la salida de este acto os preguntará mucha gente: «¿Cómo estuvo el orador?», en vez de preguntaros: «¿Qué es lo que dijo el orador?» En mi caso tendréis que conformaros en lo que os diga, tal como sea capaz de expresarlo.

Vivimos en una época de violencia. Violencia de arriba y violencia de abajo. Violencia por todos los lados. Vivimos bloqueados por los gobiernos, por los partidos y por las academias. Vivimos en una época estúpida, atómicamente estúpida. Vivimos en una época de violencia y de pánico. ¿Podemos superar esta época estudiando los valores sociables, no sociales. Lo sociable tiene más valor que lo social. Lo sociable es funcional; lo social es doctrinal, abstracto, dogmático. Existen valores sociables variados en la vida que nos rodea: valores integralistas. Existen incluso fuera de nuestros medios, de eso que se llama «nuestro campo». En toda la redondez de España, de cara a las Américas a través del Atlántico; de cara a Francia, a través de los Pirineos; de cara a Marruecos, a través del Mediterráneo y del Estrecho, ha habido una expansión de desertores del cuartel. Muchos de esos hombres no eran anarquistas, no sabían qué es la anarquía ni siquiera qué cosa era un sindicato. Y, a pesar de ello, no iban al cuartel; preferían emigrar. No eran integralistas del todo, pero lo eran en huir del cuartel. Hay integralistas doctrinarios que no huyen del cuartel. Este integralismo parcial puede bien «integrarse» con otros integralismos parciales. Uno de los aspectos del integralismo ha sido rehuir el cuartel.

Surgió un fenómeno maravilloso. La mayoría de estos integralistas surgían en nuestros medios rurales. Nuestra población rural permanecía aislada, no disfrutaba del privilegio de la cultura, no leía periódicos, no asistía a las asambleas, no había resonado en ese medio el eco profundo de la C.N.T. Sin embargo, se negaban los campesinos a la ignominia cuartelaria.

Hicieron más. Un día se preguntaron: «¿Y si trabajáramos la cuarta parte de lo que trabajaban nuestros padres y abuelos? Podríamos castigar de ese modo a la burguesía que regatea nuestro salario.» Y pusieron en práctica este principio, que no era doctrinario sino funcional: «A mala paga, mal trabajo». Y la burguesía rural, los grandes propietarios, señores feudales de la tierra, vieron disminuir sus ganancias y arruinarse sus haciendas. Lo que cobraba un propietario por un vagón de trigo lo había tenido que desembolsar en jornales. Este movimiento, ¿no representaba una expropiación invisible? Los propietarios que antes de la República vivían

de la tierra, se encontraban con que esta tierra no producía ganancias.

Hubo otro movimiento complementario de la dosificación del trabajo: la dosificación de la renta. El rentero no pagaba la renta y el bracero dosificaba el trabajo trabajando menos. He aquí otra lección de integralismo parcial que nos viene de los analfabetos. Hay múltiples casos en que la acción ha precedido a la doctrina. Como decía Bakunin, es preferible muchas veces la espontaneidad popular a la teoría.

La espontaneidad popular arruinó a los propietarios y los expropió visiblemente a pesar de la curia y de la guardia civil. Pero los campesinos seguían trabajando las tierras expropiadas, eliminando al intermediario rentista o propietario, suprimiendo entre ellos la explotación y el jornal. Y esto se llevaba a cabo con anterioridad a Bakunin o sin conocer a Bakunin.

Imaginaros lo que podrían representar estos dos movimientos practicados, sin romperse la cabeza hablando de la guerra que viene y de las comedias de la ONU. Ningún Estado del mundo podrá subsistir. La revolución no se hace sólo con metralletas. Si los pueblos no lo entienden así a causa de la política, peor para ellos y mejor para la política.

Otro ejemplo de integralismo. Todos los sistemas del mundo se fundan en el voto, en el llamado sufragio universal. En España, los analfabetos del campo desertaban también de las urnas. La aversión al voto es más universal en España que el sufragio llamado universal. Y se nos quiere hacer entender que, ante el voto, un ministro, un cura, un militar o un burócrata es igual a un picapedrero. El sufragio no se emplea para elegir un régimen, un proyecto, una obra de canalización, de urbanización; se utiliza el voto para elegir diputados, consejeros y ministros de un régimen que destruye y no construye, lo que es lo mismo. Debemos de conceptuar al que vota como un esquirol. Emplazad a los políticos a que empleen el sufragio en este sentido integralista. No lo aceptarán.

Ya véis cuántos casos de integralismo se pueden dar en gentes que si no están con nosotros en todo, lo están en parte. ¿No podrían sumarse todos estos integralismos parciales hasta producir un conjunto integral?

Sin embargo, no se quiere comprender así. No se quiere comprender las verdades sencillas y si las verdades de procurador, metidas en papel; las verdades falsas.

Sufrimos un empacho de frases hechas y nos obstinamos en mirar las cosas desde nuestra cuadrícula; de la cuadrícula hacia adentro, no de la cuadrícula hacia afuera. Estamos analizando ejemplos de los analfabetos y vemos que los analfabetos nos dan lecciones de integralismo. Nos las dan hasta los niños. Muchos pretendidos revolucionarios demuestran una solemne ignorancia de los problemas recitando aquellos versos:

«¡Haya paz, pero con daño,
miserables disolutos;
lloviendo pólvora un año
y fuego cinco minutos!»

Otro ejemplo nos viene del malthusianismo funcional. No asustaros. La huelga de vientes con vistas al cuartel es un nuevo caso de integralismo. El que da la materia prima para la guerra es el pueblo; el rico va a las

academias militares, a los estados mayores, no a las trincheras. ¿Quién hace posibles las guerras? El que va al cuartel. Y el que va al cuartel, el que va a la guerra, no es un mártir que va a morir, no es un inocente que va al sacrificio. No se va a la guerra a morir, se va a matar. Y el que va a matar es lógico que encuentre la contrapartida. El que a hierro mata a hierro muere.

En la guerra de 1914 hubo magníficos casos de integralismo: los llamados objetores de conciencia. Y los objetores de conciencia se negaban a pelear, no porque no querían morir, sino porque no querían matar. «No vamos a la guerra porque no queremos matar», decían. Y los objetores no eran sólo anarquistas, había hasta curas entre ellos. Un caso de objeción de conciencia al alcance de todos los trabajadores, capaz de hacer imposibles las guerras, consiste en negarse a fabricar armamentos.

En la vida común existen casos de integralistas que en la práctica, no en teoría, van más lejos que nosotros. La teoría no sirve para nada sino en la medida en que la contrastamos con la práctica, con la realidad.

Existe una corriente universal de deportismo. No niego la eficacia del deporte. En la antigua Grecia, el deporte era una especie de religión en el buen sentido de la palabra; un culto para todo ciudadano. Gracias al deporte, se vigorizaba, armonizaba y embellecía el cuerpo humano. Gracias a esta práctica del deporte, de la cultura física, los griegos nos legaron las maravillas de sus esculturas. Pero era aquél un deporte directo. El verdadero deporte es el deporte directo, sin público y sin taquilla. No denostamos al público que paga por asistir a una sesión de deporte espectacular, pero un espectáculo no puede confundirse con el verdadero deporte. ¿De qué sirve a un país un campeón de natación si nadie sabe nadar? ¿De qué serviría en un barco a punto de naufragar, la existencia a bordo de ese campeón de natación si los demás tripulantes o pasajeros, no supieran nadar? El campeón de natación se salvaría, pero los demás se ahogarían. No concebimos al deportista como un devoto que va a la iglesia a postrarse ante los ídolos.

Los Estados y las guerras las sostenemos los pueblos. ¿Qué sería de las guerras si los obreros se negaran a trabajar? ¿Qué sería de las guerras si los mineros se ne-

garan a bajar a la mina? El Estado se desplomaría si los transportistas abandonaran el volante.

Armonicemos todos los casos de integralismo. O dejemos al integralista en paz con su trabajo si no queremos superarnos nosotros. A una pareja que está bailando o jugando a los naipes en una mesa, nadie los molesta. Pero todo son obstáculos e impertinencias con el que está leyendo. Dejemos en paz al que se instruye y al que trabaja aprovechando el tiempo, al que siente algo íntimo que le punza, que le incita a superarse. Escojamos nuestras propias afinidades. Una afinidad sin predominio cerebral sobre los sentimientos ni viceversa. Una afinidad que sea un equilibrio. Los judíos y los árabes se entendían en los problemas concretos durante la dominación musulmana en nuestro país. Las cuestiones abstractas de religión les separaban, pero la realidad de los problemas, de los problemas vivos, les unía. Urge estimular, coordinar todos los integralismos, hacer un conjunto fraternal sobre la base funcional. La función crea el órgano y no lo contrario. Lo funcional no será nunca una cosa estática como lo orgánico. El apoyo mutuo, la solidaridad, importan por la función. En doctrina, en sistema, en el papel, no significan nada. Es la práctica funcional lo que hace vivir el mundo. Se podrían unir todos los pueblos en un integralismo que no fuese totalitario. Que no se llamase ni fuese totalitario, porque basta la palabra y el sentido integralista. Tendría este integralismo una fuerza tan expansiva que no habría Estado ni fusil capaz de detenerlo.

Hay que buscar lo integral aunque sea parcial. Tratar de comprenderlo, unir nuestro esfuerzo al esfuerzo ajeno. Repetimos: lo sociable no es lo social sin que sean contrarios. Lo sociable no puede volver atrás, como no puede volver atrás la Universidad de Bruselas que abrió el Canal de Suez, impulsó la cartografía y el conocimiento del mundo. Al fundarla, Reclús buscó integralistas en gentes a quienes supo hacer agradable la idea integralista; por la bondad que él tenía, por la cordialidad y no por la rabia. Porque con ser tan grande la sabiduría de Reclús, era todavía más inmensa su bondad. Y la obra de la Universidad Libre de Bruselas es una obra tan grande, tan inmensa, tan fructífera, tan integralista, que para concebirla en toda su inmensa grandeza hay que pensar en Prometeo.

He dicho.

Vida de CENIT

F. L. de Fourques (P. O.)	30	—	Brugues J.	2	—	Ferrándiz	4	35
Quillan (Aude) segunda lista)			Local de S.I.A. de Mont de Marsan (Landes)	30	—	Barber	5	—
Felipe Tiñena	5	—	F. L. de C.N.T. de ídem ..	54	—	Pepe Luis	10	—
Fernando Sinfreu	5	—	F. L. de St-Eloi les Mines			F. L. de Fumel (L. et G.)	148	56
José Manuel	5	—	Naranjo	5	—	F. L. de Istres (B. du Ro)	60	—
Tomás Granado	10	—	F. L. de Burdeos (segunda lista)			Estrella, de P. de Bouc	5	—
Valeriano Gracia	2	50	Juan Luis	2	—	F. L. de Lille, segunda lista	10	—
Jesús Orus	2	—	P. Alonso	3	—	Muliterno	1	—
Manuel Marchante	5	—	Faus	3	—	Crespo	1	—
Angel Tarragó	5	—	Bruna	2	—	Porro	1	—
Felipe Bull	5	—	Enfadaque	2	—	Espinola	2	—
F. L. de Perpignan (P. O.)	92	—	Aranda	5	—	Espinosa	1	—
F. L. de Salies (H. G.)	5	—	Batalla	3	—	Hazas	2	—
Murciano	3	—	Pastor	5	—	Mas	5	—
J. Cacho	10	—	Mur	2	50	Ferrán	3	—
R. Manero	3	—	Nacarino	3	—	F. L. de Sète (Hérault)	10	—
L. Boneton	3	—	Domingo	2	—			
Calvera	2	—				Suma y sigue	585	35

II

CASI al mismo tiempo que los griegos en los Estados-ciudades llevaban su civilización a un grado de florecimiento máximo, otros pueblos salidos de la misma raza aria y establecidos en la península italiana, habían empezado la formación de otra civilización, la cual estaba destinada a extenderse a todas partes del mundo. Unas cuantas tribus de esta raza se establecieron en varios puntos de la península en los primeros albores de la historia y de éstas, la romana, se fué expansionando poco a poco en todas direcciones y gobernando sobre las demás, hasta alcanzar los confines del norte y del sur de la península, quedando así toda ella sujeta al gobierno de Roma.

Los romanos, una vez conquistados los dominios de los demás grupos se hacen dueños de las voluntades de éstos por la fuerza de la persuasión, de la reconciliación, de la tolerancia y de la asimilación. Contrariamente a los Estados-ciudades griegos, los latinos parecen poseer un don natural en el arte de absorber a los pueblos que conquistan llevándoles la ciudadanía romana, concediéndoles gobierno propio e interfiriendo lo menos posible en la forma de conducta, costumbres y maneras de ser de estos.

El pueblo romano era un pueblo práctico, compuesto de campesinos, pastores, comerciantes, soldados y líderes de una visión nada singular. Esto lo demuestra el que en un período más avanzado de su historia sus dominios alcanzarán vastísimos territorios y de lo más heterogéneo en raza, cultura y civilización para cuya coexistencia hacía falta más que fuerza, una combinación de toda visión, entereza de carácter y de acción y más que nada un conocimiento psicológico de los diferentes grupos humanos que se iba anexionando continuamente.

Sólo un pueblo con iniciativa y con el sentido práctico del pueblo latino pudo hacer uso y esto en forma tan efectiva como él lo hizo, de la oportunidad que se le presentó a Roma de crear un vasto imperio.

Si Roma hubiese intentado imponer sus leyes y sus costumbres así como su forma de pensar sobre los pueblos conquistados y reducirlos a sujeción completa como los imperios alemanes y austriacos de hornadas modernas intentaron hacer con los pueblos que caían bajo sus férulas, el imperio romano no se habría creado nunca. Tratando a los pueblos que conquistaban como a amigos y no como a vencidos, les hacían ver que los intereses que perseguían eran los de aquéllos propios; dándoles amplio control del gobierno e independencia en los asuntos generales de sus pueblos y ciudades, daban confianza de tratar de igual a igual. Ofreciéndoles sus leyes, sus experiencias comerciales, los servicios del Estado y el trato que recibían o daban a sus propios ciudadanos, estos pueblos quedaban prisioneros de la raza, de las costumbres, de la religión, de las instituciones políticas y sociales y por lo más importante de todo: por la lengua, pues, como se sabe, las lenguas vernáculas fueron desapareciendo o cuando menos quedando relegadas a uso de las clases inferiores. Donde encontraban pueblos con una lengua culta en uso, como por ejemplo encontraron entre los helenos, los romanos tuvieron el buen sentido de no forzar la suya propia. A la inversa hicieron por absorber la cultura de estos pueblos superiores, contentándose con llevar a ellos sólo sus formas de gobiernos y de leyes.

POR lo que respecta al sistema de educación, los primeros pasos en la historia del pueblo romano, no se encuentran indicios de que éste tuviese ninguna clase de escuela. Las primeras noticias que se tienen de éstas se remontan allá al siglo tercero antes de nuestra era. De todas formas la educación del individuo

IDEAS SOBRE

en esta época era simplísima y ésta la recibía en casa o en el campo. Particularmente la casa era el centro de enseñanza: la religión, la virtud, la prudencia, la modestia y la autoridad se les hacían llegar a los chicos por medio de ejemplos y preceptos.

El padre se consideraba la máxima autoridad, con derecho a vida y hacienda sobre la esposa e hijos. Pero contrariamente a los griegos, por ejemplo, la madre ocupaba un lugar de privilegio en la casa, era un factor determinante en la educación de los hijos y en sociedad su posición era respetable también.

Por regla general el padre iniciaba a los hijos en los servicios prácticos del hombre y les instruía como ciudadanos, la madre enseñaba a las hijas a que fueran buenas amas de casa, buenas esposas y buenas madres. En casa se les inculcaban a los chicos las virtudes de la moral, del carácter y de la obediencia a los padres, y al Estado.

El padre enseñaba al hijo a leer, a escribir y a contar, al mismo tiempo por medio de cuentos y anécdotas les daban a conocer la vida y hazañas de hombres célebres y con canciones y cantos patrióticos y marciales llevaban a su espíritu el orgullo de patria y raza.

Cuando el niño era un poco mayor éste acompañaba a su padre al campo y a la plaza pública y allí escuchaba las conversaciones de los hombres.

«Entre nuestros antepasados uno aprendía no solamente por los oídos sino por los ojos también. Los jóvenes, observando a los mayores, aprendían lo que ellos mismos deberían de hacer y lo que tendrían que enseñar a sus propios hijos y sucesores. Cada cual era instruido por su propio padre y aquéllos que no tenían padres, el mayor de sus parientes más cercanos ocupaba el lugar de éstos», nos dice Plinio.

Si se trataba del hijo de un patricio, naturalmente aprendía más ya que su padre por regla general tenía un número mayor de relaciones que cualquier plebeyo. El ejercicio físico lo recibían los muchachos en los juegos infantiles y en el campo siguiendo las huellas de sus padres.

SIENDO ésta una educación adquirida en el ejercicio de la función y en el seno familiar, el individuo estaba llamado a llegar a ser buen soldado, campesino, comerciante, etc., según la casa de donde viniera.

Después de este período, final del siglo tercero antes de nuestra era, se empezaron a sentir sobre el pueblo romano las influencias de sus contactos con las ciudades griegas del sur de la península, con la Sicilia y las de las grandes conquistas del Este del Mediterráneo (334-323). La lengua griega se iba convirtiendo en la lengua del comercio y de la diplomacia, en cuyo terreno el interés despertado para conocerla fué inmenso, siempre perseguido o mejor dicho aguijoneado por la necesidad impuesta por el practicismo romano. La afluencia continua de comerciantes y profesores griegos hacia Roma: la necesidad de embajadores y de personal auxiliar que representará a la nación en los pueblos helenos, etcéte-

EDUCACION

ra, llevó a los romanos, con su plan de expansión continua, a dar paso a la lengua y literatura griegas. Muchos abren escuelas (303) para ayudar a la educación de la casa, y aunque al principio sólo son patrocinadas por unos cuantos poderosos, después intervinieron otros, y poco a poco se fueron extendiendo. Para ayudar al desarrollo de esta nueva demanda en lo que respecta a personal docente y bien preparado, se aprovechó la presencia en el país de profesores griegos y también el concurso valioso que podían prestar muchos ilustres prisioneros de guerra. Muchos por este medio noble llegaron a ganarse la libertad. No obstante, por el año 250 antes de la era vulgar, las escuelas aún se hallaban en el estado de rutina del siglo precedente: lectura, escritura, declamación y las Leyes de las Doce Tablas.

Pero la invasión de la cultura y costumbres helénicas siguen avanzando hacia Roma aunque lenta no por eso menos segura y en el decenio 230-220 (a.e.v.), Livio Andrónico, traído a Roma como esclavo por haber sido hecho prisionero en la caída de Trento, tradujo la «Odisea» de Homero al latín y llegó a ser profesor en Roma. La «Odisea» se convirtió en el libro de texto principal en las escuelas latinas, hasta llegar a suplantarse a las Doce Tablas.

DICEN que el pueblo romano tomó contactos con el pueblo griego o mejor dicho con su civilización cuando ésta se hallaba en un estado avanzado de decadencia y que en cierto modo esto fué una ventaja, ya que el romano práctico no habría podido comprender el refinamiento del pensamiento filosófico de los mejores tiempos, pero este pueblo fué capaz de absorber de una forma u otra la cultura diluida que vino del sur de Italia.

En el siglo 2 antes de la era vulgar Roma va tomando proporciones de imperio con la conquista de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo, de un confin a otro. Con sus barcos dominando los mares y sus ejércitos la tierra, y con la facilidad de tanta riqueza, vino la relajación de las costumbres. A un cambio de situación tal, correspondía otro en la educación que los romanos o no supieron o no quisieron crearse, tal vez porque les fuera más fácil adoptar el ya creado por los griegos con su lengua, escuelas y maestros. Escuelas griegas podemos decir, con la sola variante de abarcar las necesidades romanas.

La infiltración entre los romanos de la lengua y de la literatura griegas, así como de las ideas que acompañaron a éstas no dejaron de encontrar gran oposición. Contra esta corriente se creó una reacción inmensa a la cual se asociaron representaciones de las más nobles familias romanas. Algunos filósofos griegos fueron expulsados y en las primeras décadas del siglo primero antes de la era vulgar, muchas escuelas fueron clausuradas bajo el pretexto de que la enseñanza que se daba en ellas no se ajustaba a las viejas costumbres. Entre los mayores opositores a la infiltración griega se en-

contraba el viejo Catón, quien no permitió que su hijo frecuentara escuela alguna temiendo el contagio de los tiempos, tomando a su cargo la educación del chico. Pero a pesar de la tremenda y terca oposición de hombres como Catón, la gran corriente de cultura griega que inundaba a Roma sumergió en ella a la vida primitiva romana. Era una lucha perdida, una oposición de principios y de añoranza a un pasado en el que los mismos que lo defendían no creían. Escipión por boca de Cicerón llega a decir: «Escúchame como a uno que no desconoce por completo las costumbres griegas y que sin embargo no las prefiere a nuestra propia situación. Gracias a mi padre, adquirí una educación liberal, y desde la niñez he buscado con todo afán instruirme. Sin embargo, la experiencia y la educación en casa han contribuido mucho más que los libros a hacer de mí lo que soy.

ESTA oposición a las corrientes de la cultura griega, es la que impulsa a muchos a establecer escuelas de gramática latina en los primeros años del siglo I antes de la era vulgar, las cuales condujeron a la institución del estudio de la literatura y retórica latinas, sin abandonar el estudio del griego. El producto de estas escuelas, nos dice un autor, fué un sistema de educación que era griego en la forma, pero romano en su contenido.

El sistema escolar romano comprendía tres grados. La escuela elemental, la única en Roma desde los primeros tiempos, a la cual asistían niños y niñas de todas las clases, desde la edad de seis o siete años acompañados por su pedagogo que al igual que su prototipo griego, era un esclavo. La calidad de la educación recibida era de un valor mínimo, limitada a escribir, leer y contar. Los maestros como antes en Grecia y después en todo el mundo, se les estimaba en muy poco, por lo que su remuneración iba apareada a esta desconsideración pública. La escuela en sí era más bien un centro de horrores y martirios para los chicos por el trato cruel que recibían en ellos, que en lugar de expansión intelectual, moral y física. Eran la concepción bíblica de la educación.

A la edad de trece años los hijos de las clases pudientes pasaban a la escuela de gramática (las chicas que continuaban su educación más allá de la primaria lo hacían en casa. Dicho estudio comprendía dos partes: el arte del discurso correcto y la interpretación de los poetas, es decir, gramática en el sentido que la interpretamos hoy, y la literatura.

Al terminar su educación literaria los muchachos que ambicionaban entrar en la vida pública, emprendían el estudio de la retórica, ésta les ejercitaba en el uso de la palabra, etc.

Este es a grandes rasgos, el sistema de educación romano y sin menoscabo a la verdad podría decirse que nunca, en ningún periodo de la historia de la educación, estuvo la educación primaria peor representada que en Roma en estos tiempos. Un escritor romano condena todo el sistema de educación y sus resultados de esta forma: «En general, nos vemos forzados a admitir que en los momentos de más gloria del imperio, las escuelas fallaron totalmente en cumplir su cometido tal y como esperamos de las escuelas hoy día. Estas socabaron, en vez de reforzar, la moral de los chicos y si consiguieron llevar a sus mentes cierta clase de información, no estaban planeadas para realizar una tarea más alta y más noble. Los alumnos dejaban la escuela con un pesado fardo de nociones prácticas y vulgares laboriosamente adquiridas y de tan poco valor que Vegecio no podía confiar en que los reclutas para su ejército fueran capaces de llevar la contabilidad de sus unidades...»

ROMA, si no produjo hombres comparables a Sócrates, Platón, Aristóteles, etc., si puede decirse que en educación hubo quienes avanzaron ideas que tanto por su originalidad como por la universalidad de las mismas y la concepción profunda que reflejan de los instintos humanos, han sido y serán consideradas permanentes, eternas como la humanidad. Catón, Cicerón y otros tuvieron mucho que decir y dijeron sobre educación, pero ninguno de ellos de una forma tan ejemplar, tan original y al mismo tiempo con tanta valentía como lo hizo Quintiliano. Decimos valentía porque la voz de Quintiliano, tratando de educación, fué la voz disidente contra unas concepciones y convenciones de siglos establecidas, abierta o tácitamente aceptadas por toda la sociedad romana de su tiempo. Yo creo que Quintiliano ha sido uno de los teóricos más preclaros, más lúcidos que han tenido las ideas sobre educación en todos los tiempos. Sus teorías derraman una fuerza psicológica arrolladora, producto a mi parecer más que del maestro innato que había en él, de un padre que vivió la vida íntima de sus hijos y alumnos guiándoles y al mismo tiempo aprendiendo en esa cantera de los instintos humanos que es el niño desde que nace.

Marcos Fabio Quintiliano era español, de Calahorra, provincia de Logroño: Nació en el año 53 de la era vulgar; su padre era profesor de oratoria. No cabe duda que Quintiliano fué educado en España, pues por entonces España era uno de los centros culturales del imperio romano y por tanto este riojano invicto puede ser considerado como una de las principales lumbreras de su tiempo y del imperio. Quintiliano se da a conocer por primera vez allá por el año 50 en Roma cuando se hallaba ayudando a Domicio Afer, el más célebre abogado de la época. Cuando murió Domicio por el año 58, Quintiliano volvió a España a practicar como profesor de retórica. En el 68 el emperador Galba lo lleva con él a Roma nuevamente a donde en el año 79 fué nombrado por Vespasiano a la primera cátedra de retórica.

Quintiliano no sólo fué un buen maestro sino un gran abogado también, y en esta capacidad tomó parte en grandes pleitos. Alrededor del año 90 se retiró de sus cargos oficiales y empezó a escribir su famosa obra «Instituto Oratoria». Este libro encierra las experiencias y conocimientos que había acumulado en los veinte años y pico que actuó como maestro y como abogado y puede ser considerada como uno de los tratados de educación más importantes que produjo el imperio romano. La «Instituto Oratoria» no es solamente un cúmulo de una libada experiencia en la enseñanza, es producto de un corazón horriblemente atormentado por la tragedia.

YA en edad avanzada Quintiliano casó con una muchacha que no contaba más que diecisiete años, pero a pesar de la diferencia de edad, se consideraban un matrimonio feliz. Esta felicidad no fué duradera; la muchacha murió a los diecinueve años. Dicen que poseía todas las cualidades y virtudes que pueden esperarse de una mujer, por lo que al morir dejó a Quintiliano sumido en el pesar y dolor que nada en el mundo era capaz de calmar; en una soledad que ni riquezas ni prebendas podían matar. La pérdida de su joven esposa no fué más que el principio de una cadena de desgracias que asoló su hogar. Esta al morir dejó dos niños pequeños; el menor de ellos murió a la edad de cinco años. El golpe de esta pérdida lo describen estas palabras del propio padre:

«¿Cómo puedo olvidar el encanto de su cara, la dulzura de su habla, su primer destello prometedor y la real posesión (aunque parezca mentira) de un cerebro fuerte y calmo? Pero aquí no termina la mala fortuna de Quintiliano. Gran parte de su «Instituto» la escribió como legajo para el hijo que le quedaba, un niño, «cuya habilidad era tan palpable que demandaba la instruc-

ción más urgente de parte del padre». Pero aún no había terminado de escribir el libro cuando murió el niño. «Lo he perdido a él, de quien me había formado grandes esperanzas y en quien depositaba toda la confianza que había de solazar mis últimos años», exclama Quintiliano desolado.

La «Instituto Oratoria» es el método para el perfecto orador, pero éste no influye para que sea uno de los libros más brillantes y de más validez que se hayan escrito sobre educación; particularmente el principio del libro que describe la educación primaria.

Ahora, ¿qué es lo que Quintiliano tiene que decirnos sobre los primeros pasos de la educación? Quintiliano creía que la enseñanza nunca es demasiado pronto para empezarla. Esta debe de empezar desde la misma cuna, lo que quiere decir que se debe prestar cuidado en la selección de la persona o personas que han de cuidar del niño.

«Por encima de todo, que la nodriza hable correctamente. Lo ideal sería, de acuerdo con Crisipos, que ésta fuera un filósofo; pero de no poder ser así, quería que se escogiera lo mejor. Sin duda alguna la cuestión más importante es que sean de condición y carácter buenos, pero además deben de hablar correctamente. La primera persona que escucha el niño es la nodriza y las palabras que imitará primero serán las de ésta. Por naturaleza somos más tenaces con las impresiones recibidas en la niñez, tal y como persiste el primer sabor absorbido por una vasija cuando es nueva, el color impartido por el teñido a la primera blancura de la lana es indeleble. Más aún, las peores impresiones son las que más perduran. Pues si lo que es bueno pronto se deteriora, el vicio no puede convertirse en virtud.»

REFIRIENDOSE a la posición de los padres respecto de los hijos y la educación de éstos dice Quintiliano: «Yo me supongo que un padre debe concebir las mayores esperanzas en sus hijos desde el momento en que nacen. Si hace esto pondrá gran cuidado en los rudimentos de su educación. Pues no existen fundamentos algunos en las lamentaciones de que sólo una minoría tiene las cualidades de absorber los conocimientos que se le administran y que la mayoría es tan lenta en la comprensión hasta el extremo de que la educación sería una pérdida de tiempo y de trabajo. Al contrario, se hallará que la mayor parte es presta a razonar y dispuesta a aprender. El razonamiento es tan natural en el hombre como el volar en los pájaros, la rapidez en los caballos y la ferocidad en los animales de presa: nuestro cerebro está dotado por la naturaleza con tal actividad y sagacidad que se cree que el alma procede del cielo. Los que son simples e intocables son tan anormales como los nacidos prodigios y monstruosidades, y son pocos en número. Una prueba de lo que digo puede encontrarse en el hecho de que los niños, por regla general, prometen varias facultades y cuando al crecer el niño las promesas van muriendo es porque no se les ha prestado la debida atención, no por la falta de don natural. Pero se preguntará o se dirá que existen grados de talentos. Sin duda alguna, y habrá la correspondiente variante en los resultados de éstos; pero lo que yo niego en absoluto es que pueda existir alguien que no saque algún beneficio de la educación. El hombre que mantenga esta convicción, debe, tan pronto como llegue a ser padre, dedicar el mayor cuidado a desarrollar las cualidades que manifiestan sus hijos.»

La cuestión de cuándo el niño debe o no empezar a frecuentar la escuela se ve que era discutido en aquel entonces como lo fué después y como lo es hoy día, no ya en un sentido internacional sino en lo nacional.

«Algunos sostienen, dice Quintiliano, que al niño no debe de enseñársele a leer hasta la edad de siete años; siendo ésta la edad más temprana en que pueden sacar algún provecho de la instrucción y soportar el esfuer-

zo de aprender. Hay muchos que sostienen este punto de vista; pero los que sostienen la opinión de que la mente del niño no debe dejarse descuidada ni un momento siquiera, son los más sabios. No desperdiciemos los primeros años: para esto no debe de haber excusas ya que la enseñanza literaria elemental es solamente cuestión de memoria, la cual no sólo existe en los pequeños, sino que es especialmente retentiva a esta edad.»

El método de aprender jugando que hoy parece una novedad a los padres, lo razonaba Quintiliano con una intuición y conocimiento profundo, en el siglo primero de la era vulgar.

«No estoy tan ciego, decía, en lo que se refiere a la diferencia de edad para pensar de que los muy pequeños debe forzárseles prematuramente o dárseles algo formal a hacer. Ante todo hemos de tener cuidado de que el niño que no tiene la edad suficiente para interesarse en el estudio, llegue a odiarlo y a tener la amargura que una vez ha experimentado, incluso cuando los años de la infancia han quedado bien atrás. Sus estudios deben presentárseles como una diversión; debe preguntársele y alabársele, y enseñársele a regocijarse cuando lo ha hecho bien. Algunas veces también, cuando rechaza la enseñanza se le debe dar a otro para despertar e incitar su amor propio...»

«Estas instrucciones no pueden parecer más que trivialidades en vista de que yo estoy tratando de escribir la educación de un orador. Pero los estudios, igual que los hombres, tienen su infancia y como el entrenamiento del cuerpo que está destinado a crecer hasta el total desarrollo de sus fuerzas empieza cuando el niño está en la cuna y en el pecho de su madre, así hasta el hombre que está destinado a elevarse al pináculo de la elocuencia una vez también fué una débil criatura, trató de hablar en una forma indecisa y se vió confundido ante las formas de las letras.»

DESPUES de un estudio critico de los métodos empleados para enseñar las primeras letras a los chicos, los cuales consideraba erróneos por lo pesado y nada fácil que resultaban a las jóvenes inteligencias, dice: «Apruebo completamente, por otra parte, la costumbre que se ha puesto en práctica para estimular a los chicos a aprender el nombre de las letras, dándoles letras de marfil para que jueguen con ellas; como también apruebo cualquier otra cosa que se descubra para deleitar a los muchachos, cuya presencia, trato, etc., es un placer.»

Otras de las cuestiones que Quintiliano plantea con la valentía que le es característica es la de la enseñanza privada y la de las escuelas; la primera siendo la preferida en sus días tanto porque las escuelas no gozaban de muy buena reputación como porque la costumbre de la educación en casa y privada se hallaba muy arraigada aún.

«Este es el lugar de discutir la cuestión de si es mejor educar a los chicos en casa o entregarlos a una de esas grandes escuelas o a los que yo podría llamar instructores públicos. Esto último, sé muy bien que ha ganado la aprobación de las autoridades más eminentes y de aquéllos que han formado el carácter de los Estados más famosos. Sería idiota, y sin embargo, cerrar los ojos ante el hecho de que hay algunos que no están de acuerdo con la educación pública debido a ciertos prejuicios en favor de la privada. Estas personas parecen estar guiadas por dos principios. En interés de la moralidad ellos evitarían la compañía de un número de seres humanos a una edad en que especialmente se está propenso a adquirir graves faltas: sólo quisiera poder negar la opinión de que tal educación a menudo ha sido la causa de las acciones más desacreditadas.»

Quintiliano se extiende en consideraciones sobre las opiniones en pro y contra de cada una de las ideas com-

batando unos puntos, aceptando otros y termina de esta forma: «Habiendo refutado estas objeciones, permíteme ahora exponer mis propios puntos de vista. Es necesario, por encima de todo que nuestro futuro orador, que tendrá que vivir en la mayor publicidad en el sentido más amplio de la vida pública, deberá acostumbrarse desde su niñez a moverse en sociedad sin temor y habituarse a una vida bastante alejada de la del pálido estudiante, el solitario y recluso... «Cuando el fruto de sus estudios tienen que ser expuestos a la vista del público, nuestro recluso queda ciego por la luz del sol y todo lo encuentra nuevo y extraño, pues aunque ha aprendido lo que hay que hacer en público, sus conocimientos no son más que las teorías de un ermita. No digo nada de las amistades que perduran hasta la vejez habiendo adquirido la fuerza aglutinante de un deber sagrado: pues la iniciación en los mismos estudios tiene toda la cantidad de la iniciación en los mismos misterios de la religión.»

Sobre los maestros, o mejor dicho, sus cualidades psicológicas, comenta: «El maestro hábil tomará como objetivo principal, tan pronto como se le haya encomendado un niño, el asegurarse de la habilidad y carácter de éste. La indicación más segura en el niño es su poder de memoria. Las características de una buena memoria son de dos formas: debe ser rápido en asimilar y fiel en retener las impresiones de lo que recibe...» «Una vez notadas tales indicaciones el maestro a continuación debe considerar qué tratamiento se debe aplicar a la mente de su alumno. Hay niños que son lentos si no se les alienta; otros intolerables al control; algunos dóciles al miedo, mientras que otros quedan paralizados por éste. En muchos casos la mente requiere aplicación continua para llegar a formarla, en otros este resultado se consigue mejor por la concentración rápida...»

«El maestro debe adoptar una actitud hacia sus alumnos y considerarse a sí mismo como el representante de aquéllos que le han encomendado a sus hijos. Debe estar libre de vicios y no admitirlos en los demás. Debe ser estricto pero no austero, genial pero no muy intimo: la austeridad le hará impopular, mientras que la intimidad produce menosprecio. Sus discursos deben siempre ir encaminados hacia lo que es bueno y honroso; mientras más amoneste, menos tendrá que castigar. Debe controlar sus impulsos sin por otro lado cerrar los ojos a las faltas que requieran corrección: su instrucción debe estar libre de afectación, su laboriosidad, grande; las demandas sobre su clase, continuas, pero sin que sean extravagantes...»

Por fin vemos lo que pensaba Quintiliano sobre el castigo corporal en las escuelas.

«Yo desapruuebo el castigo corporal, aunque es la costumbre regular y tiene el ascendiente de Crispos, porque en primer lugar ésta es una forma de castigo vergonzoso y sólo apropiada para los esclavos, y de cualquier manera es un insulto, como se comprenderá si uno imagina su aplicación en una edad más tarde. En segundo lugar, si un niño es tan indiferente a la instrucción esa reprobación es inútil; como el peor tipo de esclavo, se haría insensible a los golpes... Aunque uno puede forzar al niño a fuerza de porrazos, ¿qué se hará después cuando sea mozo y no ya dócil a tales amenazas y enfrentado con motivos de mucha mayor dificultad? Además, cuando el niño es azotado, el dolor o el miedo frecuentemente tienen resultados de los cuales no es agradable hablar y que posteriormente son una probable fuente de vergüenza, una vergüenza que enerva y deprime la mente y conduce al niño a detestar y esquivar la luz... No voy a persistir sobre este asunto; es más que bastante si he conseguido exponer claramente una opinión. Me contentaré con decir que los niños son indefensos y fácilmente sacrificados y por tanto a nadie debería dársele poder ilimitado sobre ellos.»

J. RUIZ

GLOSAS

A

«Definiciones Inexactas», de Elías Pierbarg

La vida es una serie de saltos y sobresaltos. No necesita el hombre hacerse preguntas sin contestación universal, ni divagar con angustia en los procesos de su imaginación fantástica.

Vivir con intensidad, sin embriagarse. Estoicismo en los goces y en los dolores. ¿Eugenesia y eutanasia? ¡Sí! Deberían practicarse legalmente.

No me agobia mi incredulidad «total». No necesito creer ni me declaro optimista sobre la reivindicación futura de los que trabajan y sufren.

No puedo ni quiero admitir ilusiones que se suelen plasmar en decepciones.

La alegría es subjetiva y no se da como resonancia general. Cuanto más se expande más adquiere los síntomas de la embriaguez, que se hace colectiva.

Si hemos querido liberarnos de los mitos, no podemos reducirlos a la «realidad de la fe como un modo de vida»... Otra hermosa mentira, en la cual no todos pueden hallar la serenidad para existir.

Acuciar la inteligencia y ver con claridad el panorama subjetivo, desfigurado por las influencias sociales, nos llena de plenitud.

Vivir en rebeldía latente es no aceptar las ideas dominantes que escarnecen a esta humanidad monstruosa.

Evitar el peligro de una rebeldía libertaria consciente y manifiesta es prudente, pero hacernos una coraza de insensibilidad ante el dolor universal evitable es adoptar la actitud del hombre petrificado en sus goces, en su digestión y en su estúpido egoísmo social.

Amor, sí, pero selecto y no para todos. Es una afinidad, un ritmo compartido, energías de un mismo signo positivo, que proporcionan placer entre los pocos que de ese amor participan.

Todos los errores pueden tener justificación, mas la maldad, la perversidad, la crueldad, como factores sociales, no pueden ser justificados y menos perdonados.

No bastan las buenas intenciones si los actos no corresponden a una conducta lúcida.

Estar en guardia para la violencia defensiva y jamás emplear la violencia ofensiva e hiriente en sus proyecciones homicidas.

Cada individuo consciente, esclarecido en su intelecto analítico de lo suyo y de su ambiente, tiene que haber adquirido una conducta para conducirse en la vida con discernimiento.

Ser fiel consigo mismo es no querer defraudar a los demás en las relaciones sociales.

«La vocación de vivir es constante» y no es constante en los principios doctrinarios.

El caos y la confusión acogotan al hombre social y sociable.

La curiosidad por conocer impulsa a pocos hombres. La «santa rutina» es la norma a la que la inmensa muchedumbre rinde pleitesía, y se regocija o entristece por mandato.

Existen las excepciones con reacciones a la rutina, y son equivalentes a las explosiones atómicas. ¡Cuidado!

Presencia, escepticismo, amor entre afines, dejarse vivir sin compromisos sociales, tal posición puede convenir a algunos temperamentos.

Todo lo debemos, nada es propiamente individual. Las exigencias pueden ser justas o injustas, de acuerdo con la interpretación del derecho natural, esclarecido por la razón y no por las trampas legales.

La vida no es un regalo para todos. Para la mayoría es un martirio, un sufrimiento constante. una pesada carga... Son pocos los afortunados y muchos los desgraciados.

Y el amor sexual, con sus extravagancias, sus vicios, sus fantasías y sus sublimaciones, o sencillamente en su aspecto de placer bipolar, es verdaderamente humano, demasiado humano. la fantasía lo degenera y las bestias nos muestran un equilibrio aun en sus crueldades. Se denomina bestialidad a los excesos humanos... ¡Pobres bestias a las que continuamente denigra el hombre, y las explota además!

¡Qué ditirámico es calificar de «milagro» lo que es natural! Belleza, amor, gozo, cuando el hombre se enajena voluntariamente de los opuestos: fealdad, odio, dolor. El milagro entero de la conciencia es una divagación subjetiva en la que no interviene la razón.

La vida no regala nada. Toda actuación es de

lucha, de compromiso, de contratos «leoninos» (otra injuria a los animales «inferiores»). Digamos, pues, **tramposos**.

«La hipocresía bien vestida» jamás cobijó al escepticismo irónico. La primera usa hábitos frailes-cos y el escepticismo no es necesariamente irónico; se muestra desnudo y resplandece en las realidades del mundo humano.

La ironía es un bisturí que disecciona todos los tejidos de falsedad en que se plasma la vida monstruosa del hombre. Pocos son los capaces de manejar este instrumento anatómico y quirúrgico.

La ironía es la elegancia natural de quienes llegaron a esa cima tras largos esfuerzos desinteresados. Nada tiene que ver la ironía con la cobardía. Esta es una defensa ante peligros reales o imaginarios.

La burla fina o burda es una aptitud que nada tiene de miedo, ya que los hombres «temibles» también distinguen las alusiones de los irrespetuosos, de los rebeldes y de los «revolucionarios».

La fe religiosa es creer lo que no se comprueba en los hechos universales.

Hay también la «fe racionalista», que los laicos sostienen como los creyentes, en una vaguedad metafísica. No hay sino cálculo de probabilidades.

La sociedad se compone de sectas de malhechores, charlatanes y burladores. Son más los malos que los buenos en sentido estrictamente humanista. Así, los más modestos cálculos fallan y sólo casualmente se consigue realizar lo que se desea.

La fe no salva a nadie y es un concepto parasitario que roe las mejores intenciones.

Tener fe en la propia capacidad resulta muchas veces una hipertrofia de la sensibilidad fantástica o exacerbada.

Hacer, porque a ello impulsa la existencia, mas hay que saber los motivos y los productos que ha de procurar toda actuación.

Triunfo o frustración, tal es el resultado de los esfuerzos individuales.

La vida es indiferente a los anhelos del hombre y de la humanidad.

La fe es gratuita y nos la inyectan los mandamás y los sábelotodo. No hay que olvidar que también en tal sentido obran los curalotodo.

En lo biológico no hay fe posible.

Sólo hay posibilidades y no certidumbres.

Cada uno no capta lo que quiere, sino lo que puede.

La vida es una promesa de muerte cierta y casi siempre accidental y no por natural agotamiento.

El hombre: Nace por un accidente sexual de los padres, que muy raramente piensan en el hijo que pueden engendrar.

Crece en círculos antiológicos.

Crea, cuando puede, y no siempre cosas útiles.

Se desintegra en el comercio social, en el que dominan las autoridades «solemnnes» y los autoritarios.

Muere con las estúpidas exequias del beato imbécil de una sociedad moribunda ella misma y que no acaba de reventar y opone tenaz resistencia.

El hombre se convierte en hediondo gusanera, en vez de ser «purificado» por la cremación.

Mas hay que sostener el comercio de las pompas fúnebres y mantener los prejuicios malsanos del culto a la muerte.

El hombre acepta la resignación en su estado degenerativo. Para darse el gusto de hombría se enjuaga con frecuencia con el «mito de la libertad» para dulcificar el amargo trago que debe beber uncido a los yugos esclavistas.

La rebelión consciente y deliberada no es jamás ilusoria. Si no fuese por la minoría rebelde que ilumina al mundo, éste no sería más que una pocilga.

Todo es cuestión de temperamento y ambiente. Ambos pueden transformarse para recrear al hombre esencialmente biológico.

COSTA ISCAR

«En la ignorancia del pueblo está seguro el dominio de los príncipes; el estudio que los advierte, los amotina. Vasallos doctos, más conspiran que obedecen, más examinan al señor que le respetan; en entendiéndole, osan despreciarle; en sabiendo qué es libertad, la desean; saben juzgar si merece reinar el que reina y aquí empiezan a reinar sobre su príncipe.» QUEVEDO.

POR ALGO ¡ABAJO LA INTELIGENCIA! FUE EL GRITO DE GUERRA DEL FRANQUISMO.

MICROCULTURA

389. — A Descartes no le importaba la antigüedad, pues afirmaba que «no quiero ni quisiera saber si ha habido hombres antes que yo».

390. — Las dos figuras cumbres de los cirenaicos, fueron Aristipo y Teodoro el Ateo.

391. — Gassendi, Galileo, Descartes, Locke, Kant, Spinosa, Leibnitz, Boyle, Cavendish, Dalton, Hume, Macaulay, Pitt, Leonardo, Rafael, Miguel Ángel, Haendel, Mendelssohn, Meyerbeer, etc., permanecieron solteros toda su vida.

392. — Los principales estoicos fueron Zenón de Citio, Crisipo y Epicteto.

393. — La tercera persona singular del presente de indicativo de todos los verbos regulares ingleses, termina con una s.

394. — El gran poeta Lamartine sostenía que odiaba la aritmética, porque según él era «la negación de todo pensamiento».

395. — Hace veintitrés siglos que Sócrates bebió la cicuta en una prisión de Atenas.

396. — El día 16 de diciembre de 1958 apareció de nuevo en Argentina, la gran obra de Eliseo Reclus «Evolución y Revolución» (Revista de Ideas y Cultura).

397. — La democracia de Pericles duró desde 449 hasta 429 A. C.

398. — En el último trimestre de 1957 se publicaron en Francia, de nuevo, las máximas estoicas de «El Manual de Epicteto».

399. — En 1855 Eliseo Reclus se fué a América con el intento de establecer una colonia agrícola en el territorio de Nueva Granada.

400. — El prototipo de los grandes amantes es el de Orfeo y Euridicia en la antigua Grecia y el de Romeo y Julieta en nuestros tiempos.

★

ESTIO

Sol de julio. Están los niños
durmiendo, en casa, la siesta.
El parque solo. Las flores
se inclinan hacia la tierra

agobiadas por el Sol.
que da su luz más intensa.
En la fronda un ruiseñor
callado revolotea.

Pasa un soldado corriendo...
La fuente de piedra vieja
canta un murmullo...
El silencio en la glorieta

es tan denso que da sueño,
da cansancio, da pereza.
La campana del reloj
da dos campanadas lentas.

J. ELBAILE

PROSA DE AYER Y DE HOY

Sobre el estilo

SE que hay hombres que, no teniendo nada que decir y nada que escribir, están, sin embargo, tan enamorados de la oratoria y la literatura, que se deleitan con repetir cuanto pueden entender de lo que los otros han dicho y escrito antes. Sé que los trucos cómodos que su falta de convicción les deja libres de ejecutar con una idea diluida y mal digerida, les proporciona una agradable habilidad de salón que llaman estilo. Puede inspirarme lástima su necedad y, con todo, simpatizar con su capricho. Pero digo que un verdadero estilo original nunca se crea para sí mismo. Un hombre podrá pagar desde un chelín a una guinea, según sus medios, por ver, oír o leer una producción genial de otro hombre, pero no sacrificará toda su vida y toda su alma por llegar a ser un mero «virtuoso» en literatura, ostentando una perfección que ni siquiera le proporcionará dinero como tocar el violín. La afirmación efectiva es el alfa y el omega del estilo. El que no tenga nada que afirmar no tiene estilo ni puede tenerlo; el que tenga algo que afirmar alcanzará un poder de estilo tan grande como la importancia de su afirmación y la fuerza de su convicción lo permitan. No esté usted conforme con su afirmación; de todos modos quedará su estilo. Darwin no destruyó el estilo de Job ni de Handel, lo mismo que Martín Lutero no destruyó el de Giotto. Todas las afirmaciones llegan más pronto o más tarde a ser negadas, y así encontramos el mundo lleno de magníficas reliquias de fósiles artísticos, despojadas de la evidencia simplista que les daba vida, pero conservando aún el esplendor de su forma.

Y ésta es la razón por que tanto gustan los antiguos maestros y encantan nuestra sensibilidad. Un pintor de la Real Academia cree que puede adquirir el estilo de Giotto sin compartir sus creencias religiosas y, encima, corregir su perspectiva. Un literato de nuestros días se figura que puede lograr el estilo de Bunyan o de Shakespeare sin identificarse con su modo de ver las cosas, especialmente si se cuida de no descomponer sus infinitivos. Y así pasa con los doctores en Música, que, si sus colecciones de discordancias son debidamente preparadas y disueltas, o retrasadas o adelantadas, a la manera de los grandes compositores, se imaginan que pueden aprender el arte de Palestina por el tratado de Cherubini. Todo ese arte académico es mucho peor que el comercio de muebles antiguos imitados, porque el hombre que nos vende un arcón de roble jurando que data del siglo XIII, cuando sabe que él mismo lo ha fabricado, por lo menos no pretende que ese arcón tenga algunas ideas modernas. En cambio, los copiadotes académicos de fósiles nos ofrecen sus copias como la más reciente emanación del espíritu humano, y, lo que es peor que todo, acaparan a los jóvenes como discípulos y los persuaden de que sus deficiencias son reglas, perfecciones sus malas artes, buen gusto sus timideces y purezas sus vaciedades. Y cuando declaran que el arte no debiera ser didáctico, todos los que no tienen nada que enseñar y todos los que no desean aprender los aplauden entusiasmados.

BERNARD SHAW

¡OBRERO!

Tú que te interesas por la historia de los trabajadores y de sus luchas, si quieres adquirir conocimientos sobre los hechos más sobresalientes ocurridos en España durante los últimos cincuenta años,

adquiere los tres volúmenes de



En ellos te enterarás de la obra revolucionaria llevada a cabo en España gracias a la victoria de la C.N.T.-F.A.I. contra el fascismo, del desarrollo de la guerra civil, de las incidencias políticas, errores, aciertos y desaciertos cometidos en el campo social, etc., etc.

LA OBRA MAS COMPLETA DE LA GUERRA Y DE LA REVOLUCION

MIL CIENTO OCHENTA PAGINAS DE TEXTO.
NUMEROSOS GRABADOS

Precio:

En rústica 22 NF

Encuadernado en simili 50 NF

Pedidos a nuestro Servicio de Librería